

Ilustracion



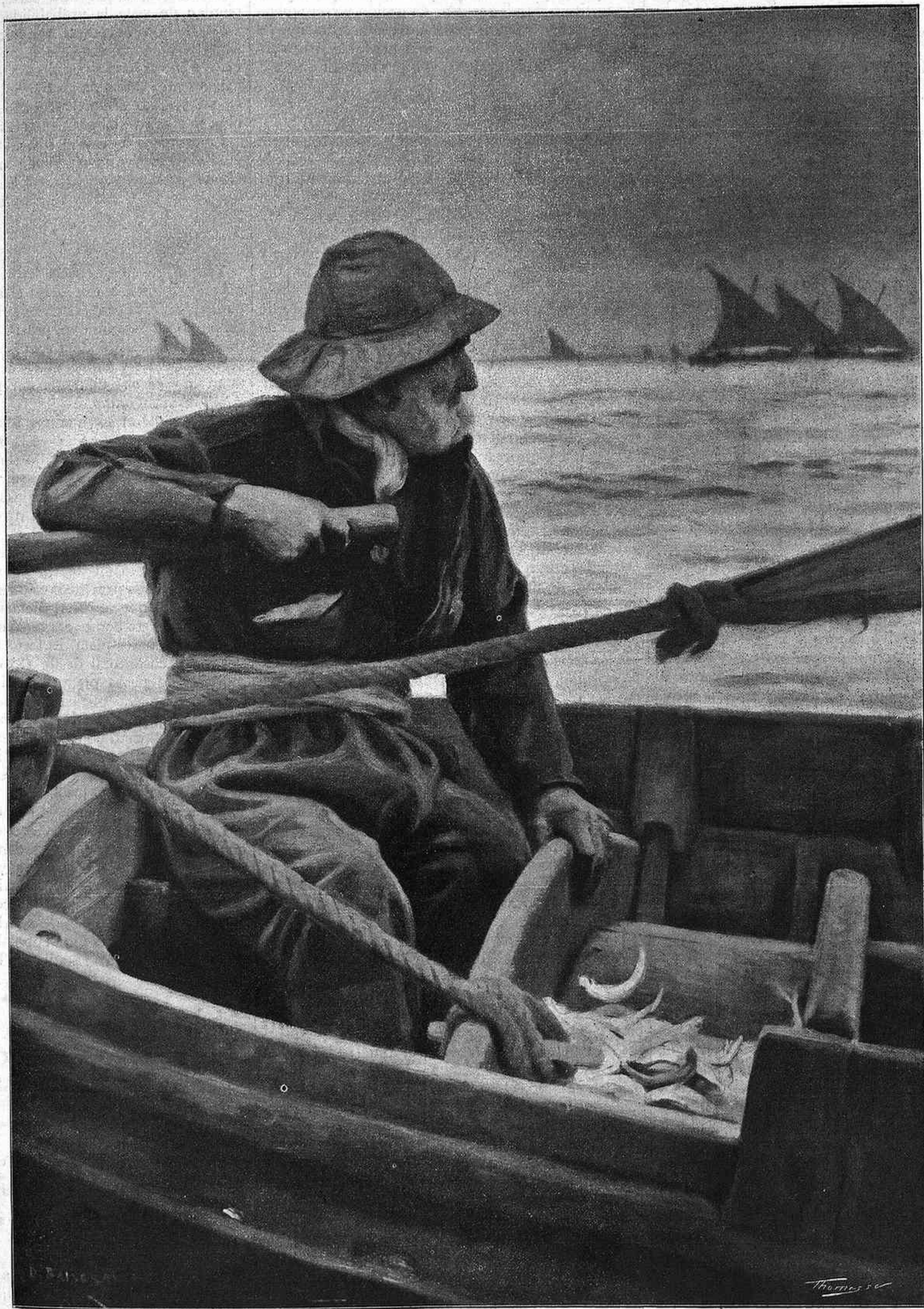
Artística



AÑO XXI

← BARCELONA 10 DE MARZO DE 1902 →

Núm. 1.054



VIEJO PESCADOR, cuadro de Dionisio Baixeras

propiedad de D. Isidro Llovet

SUMARIO

Texto.— *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Pensamientos*. — *El globo*, por E. Benot. — *Señales de los tiempos*, por A. Sánchez Pérez. — *Un inventor*, cuadro de Víctor Guetín. — *Una vista*, por Camilo Millán (*Pero Nuño*). — *Bañuelos y bañoleras*, por J. Gestoso y Pérez. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *El pasado de una madre*, novela ilustrada (continuación). — Libros enviados a esta Redacción.

Grabados.— *Viejo pescador*, cuadro de Dionisio Baixeras. — Dibujo de Vázquez que ilustra el artículo titulado *El globo*. — *El conde de Lara y su paje*, cuadro de Domingo Morelli. — *Un inventor*, cuadro de Víctor Guetín. — *Regreso de la guerra*, cuadro de Sheridan Knowles. — Dibujos de Azpiazu que ilustran el artículo titulado *Bañuelos y bañoleras*. — *La hija del Greco*, retrato pintado por Domenico Theotocopuli (*El Greco*). — *De orden del señor Alcalde*, cuadro de José Luis Pellicer. — *El despertar de un alma*, cuadro de A. Tavernier. — *Guerra anglo-boer. El comandante boer Scheepers oyendo la lectura de su sentencia de muerte*. — *Sevilla. Carnaval de 1902. Comparsa del Centro de Bellas Artes que figuró en el festival organizado por el mismo*.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

La segunda Conferencia internacional americana.— Su clausura y sus resultados.— El arbitraje.— Actitud de los pueblos hispano-americanos en sus relaciones con los yanquis.— Probables causas de disgregación en el Norte y tendencia a la concentración en el Sur.— *El canal interoceánico americano.*— Nuevo tratado anglo-yanqui y triunfo de los Estados Unidos sobre Inglaterra.— Condiciones económicas de los canales de Nicaragua y Panamá.— Estado de la cuestión.— *El ferrocarril mejicano de Tehuantepec.*— Otras vías férreas competidoras del canal.

El 31 de enero terminó sus tareas la segunda Conferencia internacional americana. En la sesión de clausura — a la que no asistieron todas las delegaciones, pues algunas se habían retirado anteriormente — leyó elocuente discurso el jefe del gabinete mejicano D. Ignacio Mariscal. Satisfecho se muestra el ilustre político «porque se han vencido las más serias dificultades y se han burlado funestos vaticinios de pesimistas ó enemigos encubiertos; en todas las discusiones, en todos los actos, no obstante la oposición de sentimientos y aspiraciones en determinadas materias, ha prevalecido la deferente cortesía que era de esperar en los representantes de los gobiernos de América...» «Si el éxito alcanzado no es decisivo, prepara ventajosamente los trabajos de la tercera Conferencia internacional americana.» son estas las últimas palabras que oyeron del presidente de la República los delegados que fueron a saludarle en acto de despedida.

No ha sido decisivo el resultado de la Conferencia, entre otras razones, porque no hubo acuerdo unánime respecto al arbitraje obligatorio, y esta disidencia fué causa ó pretexto de la retirada de varios delegados. Pero aun con las limitaciones del convenio de El Haya, va ganando terreno el gran principio del arbitraje, como hacía notar en su discurso el Sr. Mariscal, y si de una parte se imponen las tendencias patrocinadas en este punto por Chile y los Estados Unidos, de otra la República Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y algunos Estados más se conciertan y se comprometen a someter al arbitraje obligatorio las cuestiones relativas a límites, derechos de navegación y validez, interpretación y ejecución de los tratados.

Así, poco a poco, y mediante esas Conferencias internacionales, los Estados hispano-americanos estrechan distancias y suavizan asperezas, y por su actitud en el Congreso y por su conducta fuera de él demuestran que hay sentido político en los hombres que los rigen y que tienen muy en cuenta nuestro antiguo refrán de que al amigo que no es cierto, con un ojo cerrado y el otro abierto. Verdad es que, como escribe *The Economist*, de Londres, no conviene a los yanquis romper amistades con los demás pueblos americanos y han de hacer todo lo posible por evitar conflictos; pues la guerra, a pesar del predominio que aquéllos tienen en el mar, habría de arruinar su comercio. Tampoco quedarían bien parados los intereses de las otras Repúblicas; y como para conservar amistad, pared en medio, y la pared puede empezar a resentirse si los Estados Unidos realizan su propósito de acaparar por tratados todo el comercio que aquéllas hacen con Europa, los representantes de éstas han sabido desentenderse a tiempo de la cuestión económica en su aspecto arancelario. Es, sin duda, uno de los asuntos que quedan preparados para la tercera Conferencia.

Entretanto, se da tiempo al tiempo. En la gran República Norteamericana hay ya quien prevé el nuevo Imperio de Occidente. «Dentro de veinticinco

años — ha dicho Hadley, el rector ó presidente de la Universidad de Boston — tendremos emperador en Washington.» Se librará formidable batalla entre los trusts y el capital; si vencen los primeros, vendrá la anarquía; para evitar el peligro, el pueblo yanqui pedirá rey, y para más honrarle, se le dará emperador. La contienda entre partidarios del antiguo y nuevo régimen, la lucha encarnizada, de carácter social y económico, entre aspiraciones é intereses inconciliables, podrán anticipar la disgregación de los Estados Unidos del Norte de América.

Por el contrario, en el resto del continente se tiende a constituir fuerzas más compactas mediante federaciones, tratados de alianza ó convenios de arbitraje. Ciertamente, no están bien avenidas entre sí algunas de esas Repúblicas, y tal vez alianzas y arbitrajes sean ineficaces para impedir el conflicto. Pero ¿quién podría predecir las últimas consecuencias de una guerra entre los Estados a que nos referimos? Cuando desgraciadamente no hay medio de concertar a pueblos rivales y hermanos que aspiran a constituir grandes centros de acción y resistencia, por la guerra suele llegarse a esa concentración de fuerzas sociales y políticas, indispensable para contrarrestar el poderío de razas ó pueblos extraños.

* *

En la cuestión del canal interoceánico, Inglaterra ha cedido por completo a los deseos ó exigencias de los Estados Unidos (1). El 18 de noviembre de 1901 se firmó en Washington un nuevo tratado con intervención de los mismos plenipotenciarios que suscribieron el de febrero de 1900, Hay y Pauncefote.

La Gran Bretaña abandona todos los derechos y todas las ventajas que tenía por virtud del tratado de 1850. El convenio Bulwer-Clayton queda abolido. El canal podrá construirse bajo los auspicios de los Estados Unidos, ya a su costa, ya con ayuda de capitales que cedan ó presten particulares ó corporaciones, ya en forma de suscripción ó de compra de acciones. El gobierno de los Estados Unidos tendrá el derecho exclusivo de reglamentar y explotar el tráfico. Se adopta como base de neutralización los reglamentos que rigen para el canal de Suez.

El canal interoceánico americano será libre y estará abierto a los buques mercantes y de guerra de las naciones que se hayan adherido a esos reglamentos y con perfecta igualdad para todas. No podrá bloquearse ni se consentirá acto ninguno de guerra y de hostilidad en él. Sólo en caso de absoluta necesidad podrán abastecerse en el canal los buques de guerra de un beligerante. Estas disposiciones se aplicarán a las vías fluviales adyacentes en un perímetro de cuatro millas marinas por todos lados. Los Estados Unidos podrán mantener en la zona del canal las fuerzas de policía necesarias para protegerlo. El material, los establecimientos, los edificios y todas las obras indispensables para la construcción, conservación y operaciones se considerarán como parte del canal, y así en tiempo de guerra como en tiempo de paz gozarán de completa inmunidad. Los cambios que puedan sobrevenir en la soberanía territorial ó en las relaciones internacionales del país ó países que atravesase el canal, no afectarán al principio general de neutralización ni a los compromisos adquiridos por las partes contratantes.

Terminadas, pues, las diferencias con Inglaterra y habiendo abdicado ésta de todos sus derechos, ha llegado ya la ocasión de que los Estados Unidos elijan trazado.

Como indicábamos en abril último, el trazado por Nicaragua estaba en baja. Según los informes de la comisión nombrada para estudiar este asunto, que dió a conocer su dictamen en diciembre de 1901, la conservación y explotación del canal de Nicaragua costará anualmente 1.350.000 dólares más que el canal de Panamá; en el trayecto por aquél se invertirán treinta y tres horas, y bastarán doce por el de Panamá. En cambio, el Nicaragua puede construirse en seis años y serán necesarios ocho para acabar el de Panamá. Las obras del primero importarán dólares 189.864.000 y las que faltan del segundo 144.233.000, cantidad a la cual habrá que sumar lo que cueste la compra de las acciones y derechos de los concesionarios.

La comisión pesa ventajas y desventajas, y se decide por el canal de Nicaragua. Sin embargo, ingenieros, geógrafos y geólogos prefieren, bajo muchos conceptos, el canal de Panamá; el mismo actual presidente de los Estados Unidos es favorable a este trazado, y la opinión general es que no habrá canal por Nicaragua.

(1) Véase la *Revista hispano-americana* de abril de 1901 en el número 1.008 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Conviene advertir, en primer término, que en la última Junta general de accionistas del Panamá se acordó reanudar las negociaciones con la comisión del istmo sobre la base de 200 millones de francos, suma en que aquélla había estimado el valor de la propiedad del canal; de modo que, admitido dicho precio, resultará Panamá más barato en cinco millones de pesos oro que Nicaragua. Además, en éste hay ocho grandes esclusas; en aquél sólo cuatro. Ténganse también en cuenta las malas condiciones del río San Juan que deben remontar los buques para llegar al lago de Nicaragua; los frecuentes terremotos en este país, y la necesidad de completar los estudios y reconocimientos topográficos en los terrenos comprendidos entre el lago y el Pacífico, y se comprenderá que es preciso añadir todavía algunos millones al presupuesto calculado por la comisión. No lo desconocen, seguramente, los individuos que la forman ni los demás ingenieros y políticos yanquis que se presentan como partidarios del canal de Nicaragua; ni, por otra parte, es verosímil que pierdan de vista la probabilidad, más ó menos remota, de la competencia que podría establecerse si llegara día en que empresa europea ó americana tomase a su cargo la construcción del canal de Panamá. Agentes colombianos han iniciado ya gestiones en tal sentido, no mal acogidas, en principio, por importantes entidades financieras.

La campaña a favor del Nicaragua parece un ardid de mercader; un medio de influir en la compañía del Panamá para lograr que los accionistas cedan en sus exigencias y vendan muy barato.

* *

Ya que de competencia hablamos, no estará de más referirnos a la que, bajo el aspecto financiero, pudiera hacer al canal el ferrocarril de Tehuantepec. Es punto interesante que, previo estudio del tráfico que habrán de disputarse todas las vías de comunicación fluviales y férreas que crucen la América, trata en uno de sus números del pasado febrero *El Economista Mejicano*.

Regla general es que un ferrocarril no puede competir con un canal; pero la regla falla cuando ese canal no está a nivel, sino servido por esclusas; en tal caso, el gasto para construir las esclusas y para mantenerlas en corriente es considerable. Calcula la citada Revista, y calcula bien, que el canal de Panamá, más barato que el de Nicaragua, representará, una vez concluido, un capital de 180 millones de pesos oro, por lo menos. Si se aspira a obtener un interés atractivo para los accionistas, un 6 por 100, sería preciso que el canal diera utilidades líquidas por valor de 10.800.000 pesos oro, ó sea unos 23 millones de pesos plata. El ferrocarril de Tehuantepec, cuyo coste total desde 1878 no excede de 45 millones de pesos plata, sólo tiene que producir 2.700.000 anualmente como beneficio líquido para rendir el 6 por 100 sobre el capital íntegro de construcción. Respecto de gastos de explotación, los del Tehuantepec tienen que ser muy inferiores a los del canal, atendiendo a las cuatro esclusas y a la circunstancia de que los sueldos y jornales son en Panamá más altos y se pagan en oro.

Los ferrocarriles construidos, en construcción ó en proyecto que en su día pueden disputar a los canales parte del tráfico norteamericano con Asia y Oceanía son, además del ferrocarril de Tehuantepec, el de Nueva York a San Francisco de California, el de Panamá, el de Costa Rica, el de Manzanillo a los Estados Unidos, el de Topolobampo a Kansas y el proyectado por los Estados de Tabasco y Chiapas.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

PENSAMIENTOS

Las personas dichosas considerarán siempre su dicha como acierto, y los especuladores poco delicados sus truhanerías como simples habilidades.

H. RABUSSON.

La caridad no ha de ser más que el camino que conduce a la equidad.

ENRIQUE FOUQUIER.

Nunca sabe uno lo que quiere, pero sabe perfectamente lo que no quiere.

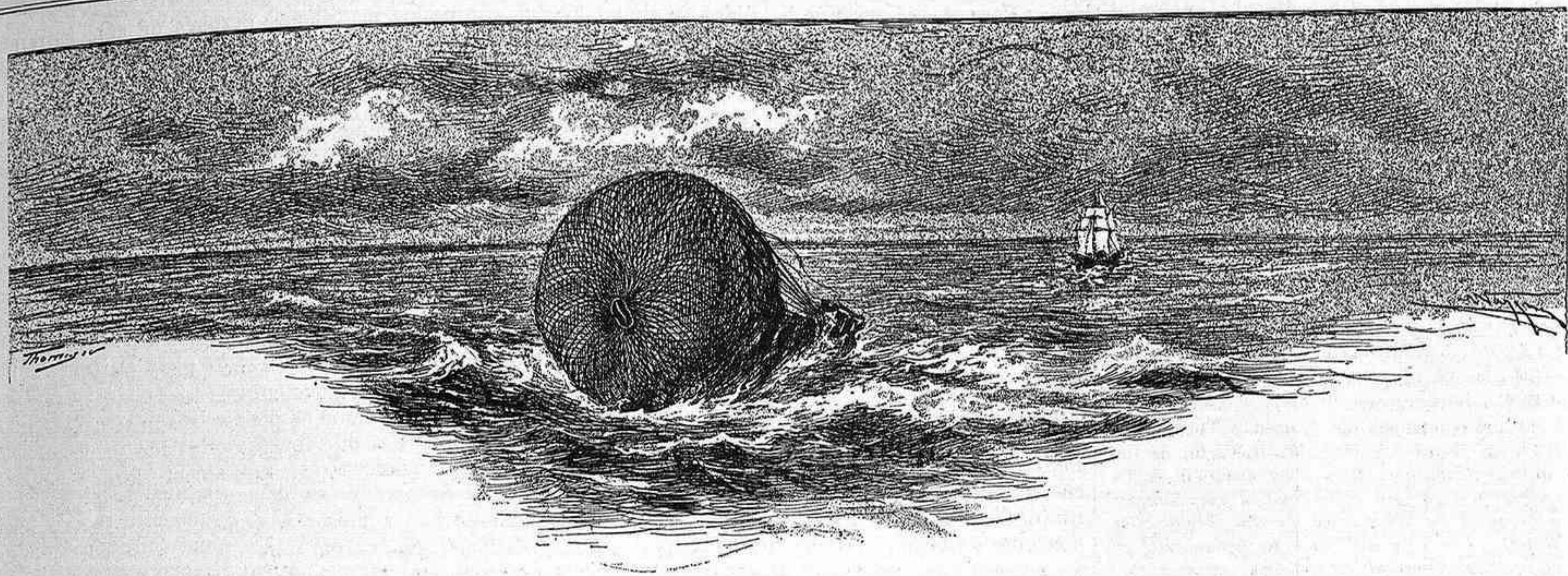
EMILIO FAGUET.

No bauticéis nunca con un nombre demasiado alegre los sitios en los cuales encontréis la felicidad; la felicidad se va y el nombre se queda.

MARÍA ADVILLE.

No hay hierba, por vulgar que sea, que al ser segada no difunda un perfume.

ROBERTO DE LA SIZERANNE.



EL GLOBO

En el rol presentado (hace más de cuarenta años) al comandante del puerto de la Habana por el capitán del bergantín «Relámpago», y en el cuaderno de bitácora correspondiente, consta una singladura, en la cual se lee:

Amanecemos con cielos y horizontes despejados, viento fresco del ESE., marejada del mismo y rumbo al OSO., navegando en 12 cuartas con todo el aparejo largo, excepto los juanetes y sobres, que hubo que cargar y aferrar cuatro horas antes por haber refrescado el viento.

A eso de las ocho de la mañana, y hallándonos á unas 150 millas de la costa entre los paralelos 35° y 34° latitud Norte, cantó el tope que por la amura de babor se divisaba á sotavento un globo aerostático, que descendía rápidamente hacia el mar. Los anteojos nos permitieron ver que el aeronauta estaba en la barquilla, la cual rozaba las olas pocos momentos después.

La barquilla, que luego resultó estar fomada por un enrejado muy fuerte de mimbres, revestidos de los colores nacionales, se llenó de agua, y sumergida casi por completo, funcionaba como potente freno, retardando la marcha del globo.

El bergantín hizo por él; y en el acto empezó la regata más original que se ha visto en el mundo: la de un globo huyendo de un bergantín, y la de un bergantín dándole caza.

El globo perdía hidrógeno visiblemente; pues á la media hora de corrida, no pudiendo ya sostener el peso de su envoltura, tocó en el agua y siguió á flote huyendo del bergantín, mas retardando de tal modo su velocidad, que el buque cazador pudo casi atracarse á él.

Nuestra sorpresa entonces fué extraordinaria; porque pudimos observar que el aeronauta era una mujer enteramente desnuda y de rarísima belleza, una Venus saliendo de la mar.

— ¡Un vestido! ¡Por Dios, que estoy desnuda!, dijo con voz casi apagada, cuando yo me acercaba en el bote á recogerla.

Con sábanas que hice bajar de á bordo quedó luego cubierta aquella incomparable desnudez, teniendo yo que hacerlo así por mí mismo, pues ella apenas podía valerse, á causa de tener atravesados los antebrazos, cada uno por dos enormes puñaladas, además de otra herida en un hombro y varias cortaduras en el pecho. Con gran respeto y hondísima lástima la trasladamos á bordo y la instalamos lo mejor que se pudo en la cámara del bergantín. Pero no bien se halló en el improvisado lecho y me hubo dado las gracias, perdió el conocimiento. Yo acudí inmediatamente á curarle las heridas, y una hora más tarde volvió en sí; pero con una debilidad extrema. Tomó algún alimento, y á poco empezó á delirar.

¿Cómo aquella mujer (ó aquella Venus) se encontraba á más de 150 millas de la costa? ¿Quién era? ¿Quién la había herido? Pues, por la dirección de las heridas, bien se dejaba ver que no se trataba de un intento de suicidio.

Todos los de á bordo nos hacíamos las anteriores preguntas.

Un sueño reparador pareció volverla á la vida y al uso de sus facultades; pues al anochecer, con voz muy débil y con grandes interrupciones, que á veces terminaban en síncope, me dijo lo siguiente:

— Capitán, yo me muero... De estas heridas ha manado mucha sangre y me siento desfallecer. Pero esto es lo de menos: lo que me mata es la agonía en

que he pasado veinte horas seguidas, hasta que usted me salvó... Soy francesa, y si hablo corrientemente el español, es porque mi madre es gaditana... Yo me llamo Rosa Dulong y López... Mi padre fué el famoso aeronauta Dulong, que había hecho más de cien ascensiones, casi todas con gran felicidad. En mi casa no había lujo; pero sí bastante holgura. Contento no había; porque mi madre estaba temiendo siempre una catástrofe, no sólo por mi padre, sino también por mí; pues mi padre hizo que yo lo acompañase en varias ascensiones; con lo cual pude aprender el manejo de los globos.

En las dos últimas estuvo mi padre muy desgraciado: en ellas se le destrozaron los globos; y para reponerlos, tuvo que acudir á los ahorros que en casa había. En la última ascensión gastó cuanto quedaba. Salió de los Campos Elíseos de París precisamente hoy hace tres años; subió á gran altura; lo vimos perderse entre las nubes... y jamás hemos vuelto á saber de él.

El hambre entró en mi casa, y no contando ya con recursos, entré al servicio de una compañía de acróbatas que da espectáculos en circos ecuestres y en las plazas de toros de España. He hecho tres ascensiones con felicidad; y mi madre y yo hemos podido vivir. La compañía trabaja ahora en la feria de Sevilla, y ayer, cuando yo, en la pradera de San Sebastián, estaba á punto de embarcarme en el globo, se me acercó una señora muy bien vestida, quien me dijo muy de quedo:

— Aeronauta, si me admites en tu barquilla, te doy mil duros. Tómalos.

Y me alargó una bolsa llena de oro.

— Madre, ¡mil duros! Toma, y arroja el hambre flaca de nuestro hogar.

En seguida entramos en la barquilla, soltaron las amarras y nos elevamos rapidísimamente por los aires.

La pasajera se veía huir de la tierra con una alegría que casi rayaba en frenesí.

— ¡Bendita seas, aeronauta! ¿Cómo te llamas? Yo quiero que nos hablemos de tú. ¡Qué gozo tan grande del mío al huir de la tierra! ¿Cómo te llamas? ¡Dímelo!

— Rosa.

— Pues yo me llamo Dolores, nombre que me cuadra perfectamente, porque yo soy el dolor de los dolores. ¡Cómo nos alejamos! ¡Qué diminutos aparecen los objetos! ¡Qué chicas las torres de las iglesias! ¡Cómo se angosta el Guadalquivir!

— Es que subimos mucho.

— Y ¿en qué lo conoces, Rosa?

— En lo que baja el mercurio en este barómetro.

¿Quiere usted que subamos más?

— ¡Que si quiero!

Y tomé un saquito de lastre; vacié la arena en la atmósfera, y el mercurio empezó á descender nuevamente.

Dolores se sentó en la barquilla, y mirando la columna barométrica exclamó:

— Esta es la imagen de mi desdichado amor. Mientras más ascendía la pasión en mí, más bajaba en aquel hombre, de hielo para mí, el poco afecto que llegué á inspirarle.

Y Dolores lloraba taciturna...

El viento soplabá del Nordeste con violencia, y yo temí llegar á orillas del Atlántico antes de que cerrara la noche; por lo cual anuncié á Dolores que era preciso descender.

— ¿Bajar á la tierra? ¡Ni que lo pienses! ¡Yo no vuelvo más á la tierra! Nunca. Mira, Rosa, me dijo muy despacio: las sospechas, como serpientes enroscadas á mi cuello, me estaban ahogando. Porque

yo tuve celos. ¿Sabes tú lo que son celos? Y dí en seguirle, ¿sabes? Y al fin lo vi con ella, ¡con ella! En su casa de campo. Y como loca, me eché sobre él, y de un solo golpe en el corazón le quité la vida. Mira, Rosa, este es el puñal de mi venganza.

Y Dolores empezó á esgrimir como loca aquel arma homicida.

— La justicia me persigue; y por eso me vine huyendo á Sevilla; y por eso también, al ver que ibas á elevarte por los aires, me embarqué contigo, para huir de la tierra: para huir hasta donde nadie me persiga; porque has de saber que dondequiera que yo volvía en Córdoba los ojos, allí lo veía yo á lo lejos, como un espectro que venía por mí. ¡Volver á la tierra! ¡Nunca, nunca!

— Pero, Dolores...

— ¡Ni una palabra más! Y ¡ay de ti si intentas descender!

Y la loca se levantó como una furia, amenazándome con el puñal.

— Ascendamos más, más...

Y cogió dos saquitos de arena y los lanzó fuera de la barquilla.

— ¡Cómo baja el mercurio!

Y aquella loca, con el puñal siempre en la mano, se sentó frente á mí, y me dijo por última palabra aquella tarde:

— ¡Cómo te muevas, te mato!

Cerró la noche. Sin luna, sin más luz que la de las estrellas. ¡Qué angustia! Yo sentía que estábamos ya sobre el Océano, por la humedad de la atmósfera salina. Y no me atrevía á moverme; porque con mucha frecuencia interrumpía el solemne silencio de aquella noche de tormento la fatídica voz de la loca:

— ¡Rosa, como te muevas, te mato!

Y esto una vez, y otra... y otras mil, hasta el amanecer. ¿Concibe usted, capitán, una noche de más horrendo martirio?

Un síncope mayor que los demás interrumpió esta espantable narración.

Horas después Rosa dijo:

— Al alba, cuando ya había bastante luz, la loca miró al barómetro y notó que el mercurio había subido y nosotros bajado; fenómeno muy natural por haberse contraído el hidrógeno del globo con el frío de la noche. Notar Dolores que habíamos descendido y ponerse furiosamente á arrojar cuanto lastre había en la barquilla, todo fué uno. Y en seguida, esgrimiendo el puñal cerca de mi pecho, hizo que me desnudara y que tirase al mar todos mis vestidos. El globo, naturalmente, ascendió de nuevo; y ella, satisfecha al parecer, volvió á sentarse junto al barómetro. Pero habiendo observado, cuando atravesábamos una capa de aire frío, que el mercurio subía nuevamente, me dijo con la mayor crueldad:

— Rosa, es preciso que te tires al agua. ¡Inmediatamente! Tu peso me impide subir. Yo no quiero volver abajo. Y si no te tiras por tu propia voluntad, te mato, y en seguida te arrojó yo.

Y sin más, aquella mujer demente, en el frenesí más furibundo, se arrojó sobre mí, puñal en mano. Yo la sujeté por las muñecas; pero no pude impedir que me causara todas las heridas que usted ha visto, ni que al fin, después de tan tremenda lucha en medio de los aires, se desprendiese completamente de mí.

Entonces, viéndome libre, me asestó, frenética, al pecho un golpe tremebundo que, sin embargo, yo pude esquivar con un movimiento veloz como el relámpago. Y fué tanta la rabia con que me dirigió el golpe, que el puñal se clavó en el enrejado de mimbres de la barquilla, donde quedó tan sujeto que la loca no pudo sacarlo fácilmente. Al punto, para ha-

cer más fuerza, apoyó el pie derecho en uno de los huecos del enrejado, hizo allí hincapié, y tiró con tal violencia que cayó hacia atrás sobre la borda de la barquilla; y perdiendo el equilibrio, volteó sobre tan estrecho sostén; y... ¡horror de los horrores!, puñal en mano se precipitó aquel demonio en el espacio, desde una altura de más de dos mil metros sobre el nivel del mar.

La subida del globo al perder de repente tanta carga, fué espantosa, por más que yo inmediatamente abrí las válvulas de escape, para dejar salir el hidrógeno en la mayor cantidad posible. Pero desde que volví á la anterior altura de 2.000 metros, se inició, contra mi voluntad, un constante descenso, cada vez más rápido, sin duda por haberse producido alguna grieta en el barniz de la envoltura.

Lo demás, capitán, es conocido de usted. Yo me muero. Me muero de horror; de una angustia indefinible... ¡Pobre madre mía! ¡Pobre madre mía!..

Capitán, sólo me queda un favor que pedir á usted: que le escriba, cuanto antes le sea posible, noticiándole mi triste fin.

La aeronauta calló. Volvió á delirar con una fiebre altísima, y aquella misma noche dejó de existir...

Al amanecer le dimos sepulcro entre las olas impasibles de la mar.

E. BENOT.

(Dibujo de Vázquez.)

SEÑALES

DE LOS TIEMPOS

¿Cuándo sucedió?

No lo recuerdo; presumo, no obstante, que ha transcurrido mucho tiempo desde entonces; bastantes meses; quizás algunos años. Sea como fuere, el hecho es significativo y merece ser registrado por cronistas.

Dió la vuelta á todos los diarios de Madrid una especie de reclamo circular que daba en la nariz

olor á... contaduría.

Tratábase en él de un problema gravísimo, cuya dificultosa solución podía crear conflictos á las autoridades.

¿Era, por ventura, la peligrosa y nociva importación de la *azucarina* (azúcar mineral), tan perjudicial á la salud pública, según opiniones autorizadas de hombres de carrera?

No, señor.

Importante es - nadie lo desconoce, ni lo niega - lo que á salud pública se refiere; pero el conflicto á que aludo tenía más alcance y era indiscutiblemente de mayor trascendencia.

Entonces se trataría tal vez del justamente odiado impuesto de consumos, cuya exacción estaba dando por entonces motivo á escandalosos abusos. Y sigue lo mismo, á Dios gracias.

Tampoco. Malo, injusto, inicuo, antieconómico, irracional y cruel es el tal impuesto, dogal insufrible para el pobre; pero por entonces la opinión pública se hallaba solicitada por problemas mucho más interesantes.

¡Ah! Vamos, el conflicto religioso, que en aquel entonces preocupaba á gobernantes y gobernados.

¡Bah! ¿Quién pensaba en eso? España, como todo país donde ha imperado mucho tiempo la intolerancia, concedía muy escasa atención á los asuntos religiosos. En esto, lo mismo que en otras muchas cosas, la masa era indiferente y descreída. Se llamaba católica por costumbre; practicaba, con absoluta falta de entusiasmo y de fe, sólo por rutina, actos de culto externo; pero la religión le tenía, de todo en todo, sin cuidado.

Cuajados están nuestros refraneros y sembradas las obras de nuestros clásicos (muchos de ellos sacerdotes) de sentencias, aforismos, cantares, cuentos y anécdotas, que demuestran de modo incontrovertible la incredulidad de nuestros respetables predecesores, desde la antigüedad más remota.

Pues ¿á qué cuestión batallona se alude?

Interesante era, sin duda, la reforma de que tan necesitada se hallaba á la sazón la enseñanza oficial; no lo era menos la temerosa cuestión obrera, de la cual ya entonces se registraban chispazos en poblaciones rurales; ni le iba en zaga la famosa reorganización de los servicios, á la que pensaban dedicarse con inusitada actividad, durante las *imperiosas vacaciones del estío*, varios señores ministros. De la cuestión regionalista nada hay que decir, pues todos, sin distinción de matices políticos, reconocían y proclamaban que debía ser estudiada con urgencia.

Corriente; era muy trascendental y muy grave todo eso; pero, por aquel entonces, lo apremiante, lo

otros los madrileños, después de achicharrarnos y de habernos quedado solos con nuestra pobreza y algún que otro señor ministro más trabajador que sus compañeros, no tuviésemos ni la probabilidad más remota de presenciar ese delicioso acontecimiento.

¡Privarnos de esos atractivos de la temporada veraniega! Era una verdadera crueldad; y lo fué, porque la autoridad se salió con la suya.

Todo privilegio es odioso; pero la odiosidad de este concedido á San Sebastián revistió caracteres de ensañamiento.

¡Mire usted que quitarnos la dulcísima esperanza de que falleciese en nuestra plaza D. Tancredo!

Caritativa esperanza que, aun no realizándose, habría amenizado durante el estío la monótona existencia nuestra. Sobre que este suceso trágico nos correspondía por derecho propio.

Además, y esto era muy para tenido en cuenta por nuestras autoridades, además que las funciones de toros, la *hermosa fiesta nacional*, decaen visiblemente. Aquel verano apenas si hubo una mala cogida para un remedio. Era indispensable animarlas un poco, y para darles esa animación, nada más adecuado que agregar á sus ordinarias emociones la del peligro á que, según la experiencia tenía acreditado, se exponía *Don Tancredo*.

Porque, eso ya es sabido, esta función en que muchos miles de personas, cómodamente sentadas, se desatan en improperios contra un hombre que arriesga su vida para divertirlos, y lo llaman *tumbón*, *hijo de mala madre* y otras muchas cosas

no menos cultas, cuando él no puede contestar ni defenderse, sirve para mantener vivo el ardor varonil de los que insultan á mansalva; para familiarizar al pueblo con el peligro... de otros; para enseñarle el desprecio de la vida... de los demás, y es, por consiguiente, escuela de nobleza y valor desinteresado.

Debió permitirse, pues, esa reaparición anhelada para ver si conseguían que el pueblo al que llamó el gran Jovellanos pueblo de *Pan y toros*, lograba (que sí lo lograría) suprimir el *pan* y nombrarse en edades venideras *pueblo de toros* y de *Don Tancredo*.

Eso era lo principal y más urgente por entonces. En todo lo demás, ya iríamos pensando más adelante. Lástima grande que el gobernador de la provincia, con tenacidad inquebrantable, perseverara en sus propósitos y no permitiese la exhibición de otro *Don Tancredo* «subido en su pedestal» que el parodiado por un actor, cuyo nombre he olvidado, en la zarzuelilla *El juicio oral*. Parodia en que, naturalmente, no había peligro para el actor y que, por lo tanto, carecía de atractivos.

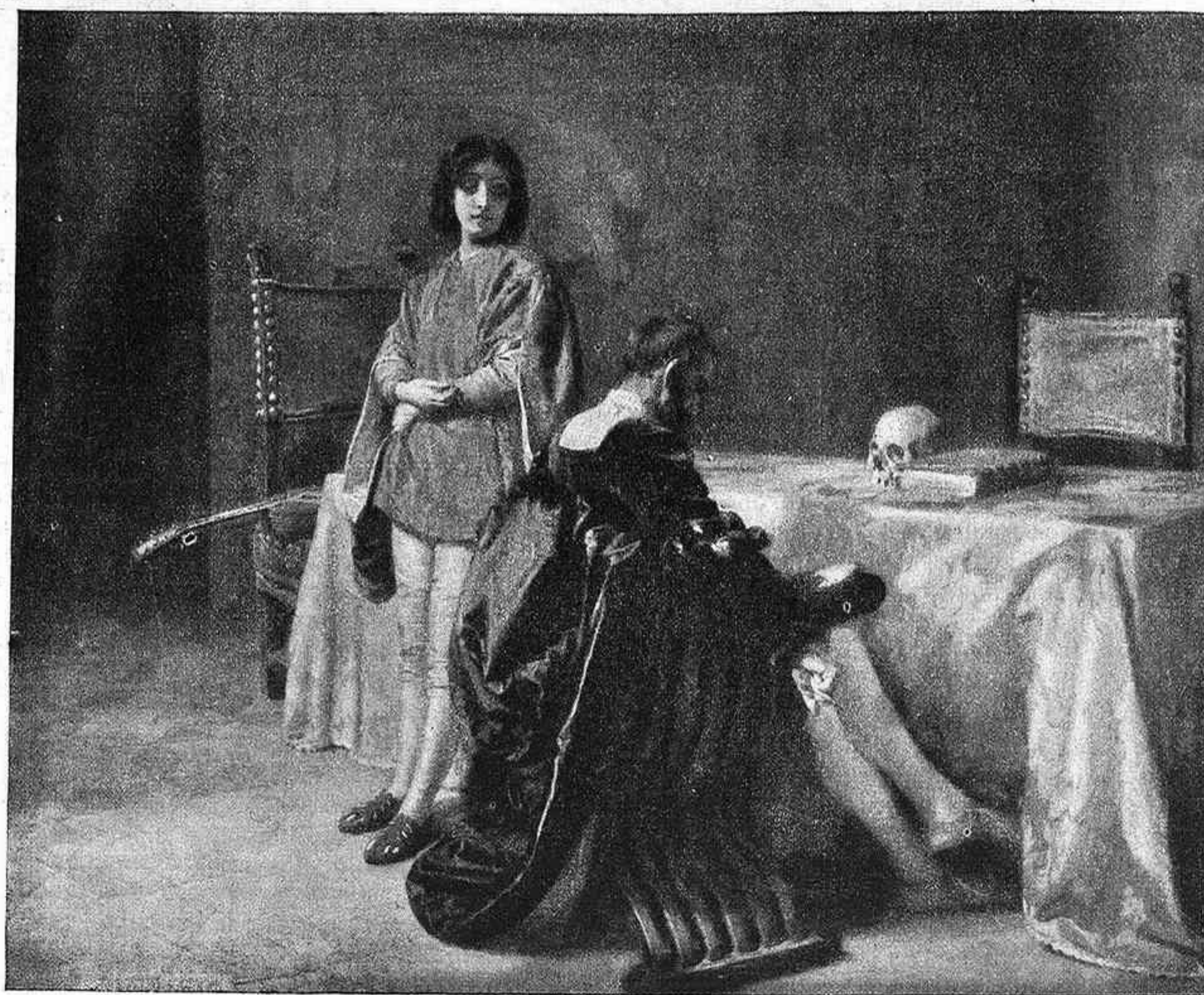
Pero ¿no es verdad que estas preocupaciones de la prensa *periódica de mayor circulación*, de la *gran prensa*, como dicen en Francia, es nota característica de estos albores del siglo XX?

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

UN INVENTOR, CUADRO DE VÍCTOR GUETIN

El autor de este lienzo ha estudiado profundamente el tipo que le ha servido de modelo para su bellísima composición: no se trata de uno de esos seres extravagantes con vistas á la locura que pretenden descubrir y aun haber descubierto la cuadratura del círculo ó el movimiento continuo ó algún aparato que ha de producir una revolución en las industrias de la paz ó en el arte de la guerra, y que, perseguidos por la desgracia ó por la envidia, se hallan imposibilitados, por falta de protección ó de recursos, de dotar á la humanidad de una conquista que ha de proporcionarle dichas sin cuento. El inventor del cuadro de Guetin es el hombre de estudio, paciente, laborioso, que no basa sus concepciones en absurdas ideologías, sino en cálculos científicos y en leyes mecánicas, y que encerrado en su laboratorio acabará por descubrir algo, quizá en apariencia insignificante, pero que en realidad constituirá un paso más en la senda sin término del progreso.

El pintor francés ha estado acertadísimo en la representación de este tipo y ha demostrado ser un artista concienzudo, así por la manera de componer el lienzo como por la habilidad con que ha ejecutado los múltiples detalles del mismo.



EL CONDE DE LARA Y SU PAJE, cuadro de Domingo Morelli

de interés preferente para el buen pueblo de Madrid era, ¡caso maravilloso y conmovedor!, que se permitiese la reaparición del famoso *Don Tancredo* en el circo taurino.

Ante ese asunto que á todo madrileño preocupaba, cualesquiera otros palidecían y eran relegados al olvido.

El problema obrero... ¡pche!; la instrucción pública... ¡bah!; el *clericalismo*, ¡patarata! Que apareciese sobre su pedestal el *Rey del valor*, para que se viese si de una vez lo reventaban, y todo lo demás nos tenía sin cuidado.

Porque era lo que dijo muy discretamente un aficionado, defensor de la empresa que había contratado á *Don Tancredo*.

«En realidad, hallándose autorizado este espectáculo en la mayor parte de las plazas de toros, no es equitativo prohibirle en Madrid: ó se prohíbe en todas partes, ó en todas se debe autorizar.»

Esto no tenía vuelta de hoja.

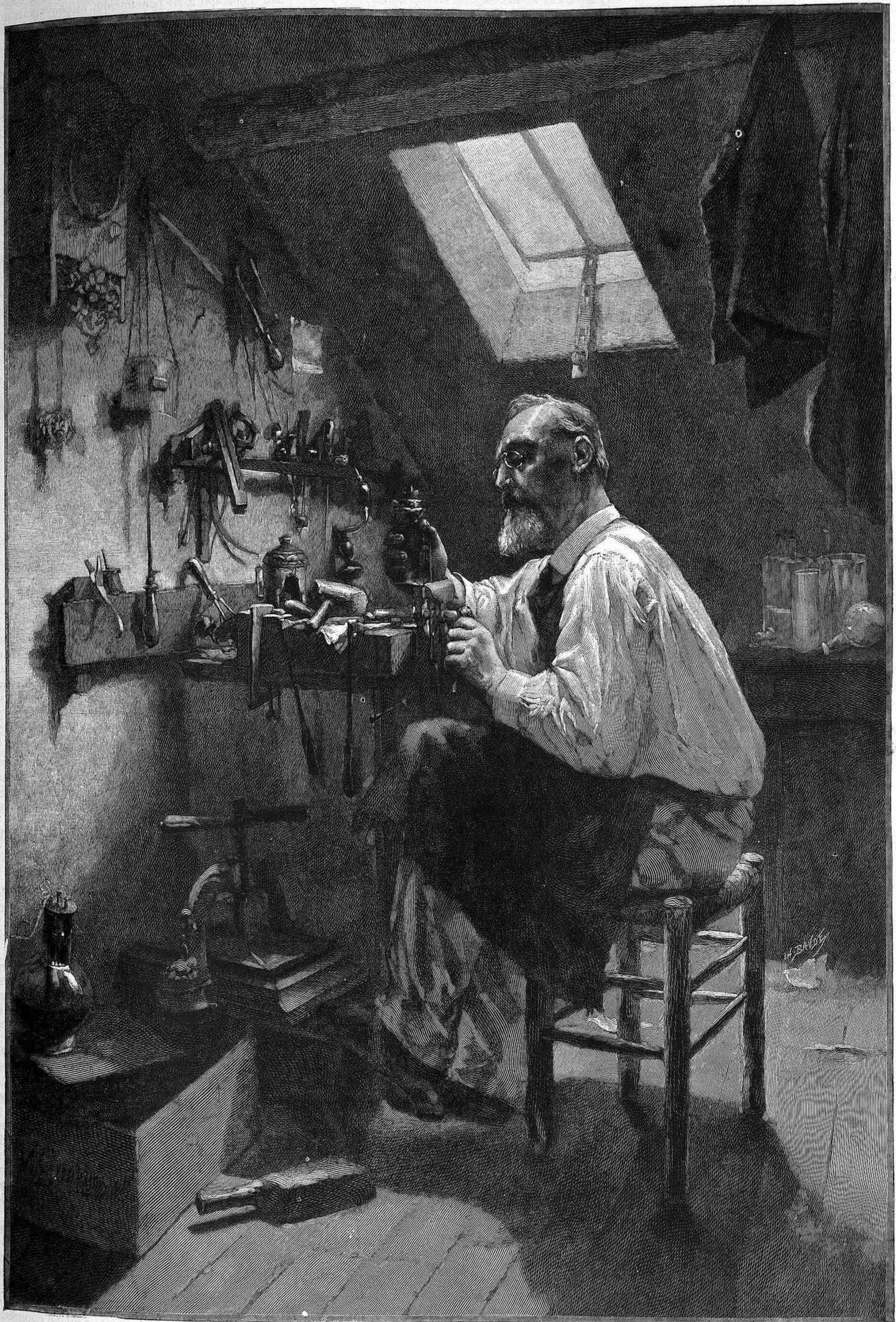
Era tan lógico y tan razonable como la observación del amanuense que, en un cuento muy conocido, decía á los falsificadores de un testamento: *O se tira de la cuerda para todos ó no se tira para ninguno*.

Aquí no había que ver si la cosa era buena ó era mala, sino que todos fuésemos iguales ante *Don Tancredo*.

Y por si la argumentación parecía deficiente, agregaba el empresario por boca de su patrocinador:

«No hay razón para que el público de San Sebastián, por ejemplo, pueda aplaudir á D. Tancredo dentro de pocos días, y el público de tantas otras capitales en las que está contratado, mientras que se priva al público de Madrid de este espectáculo, que para él parece tener tantos atractivos, puesto que se han contado por llenos las representaciones del famoso sugestionador de toros.»

Pues claro que no había razón, ni media razón siquiera, para que el público de *San Sebastián*, sobre tener entonces, como tenía, tantos motivos de honor (con *h* aspirada, no se olvide esto) y tan deliciosa temperatura, y numerosos espectáculos oficiales y *la mar* de cronistas, nacionales y extranjeros, se hallase en condiciones de ver cualquier tarde de aquellas cómo despanzuraban á D. Tancredo, y nos-



UN INVENTOR, cuadro de Víctor Guetín

UNA VISTA

La sala de la Audiencia estaba llena de bote en bote.

Las horribles circunstancias del crimen; las generales simpatías de que gozaba la víctima, y la alta reputación del abogado que tenía á su cargo la acusación privada, habían despertado en el público extraordinario interés.

Dos horas antes de constituirse el Jurado el último día de la vista, ya no cabía un alma en el salón,

desenlace de un drama de amor y celos; pero esto no pasaba de la categoría de sospecha.

Al constituirse el Jurado, cesó el sordo murmullo que reinaba en el salón.

El fiscal, persona ilustrada, de recto criterio y enemiga de lucubraciones ampulosas, ocupó la tribuna y comenzó su acusación en medio del mayor silencio.

Utilizando los datos que el proceso suministraba, reconstituyó la escena del asesinato é hizo una descripción tal del hecho, que el público, pendiente de

esgrimió para conseguirlo, argumentos cuya fragilidad no escapó á su penetración, ni convencieron á nadie: la disposición de ánimo de los jurados no era un misterio, y encarnaba perfectamente en la disposición de ánimo del público.

Iba el presidente á suspender ya el acto para retirarse á deliberar, cuando se notó extraño movimiento en el fondo de la sala.

Dos ujieres forcejeaban con un espectador que á todo trance quería avanzar hasta el estrado y que, al verse detenido, gritó con voz temblorosa:



REGRESO DE LA GUERRA, cuadro de Sheridan Knowles (derecho de reproducción de Mr. Jesse Boot)

y los ujieres no podían contener la muchedumbre que se agolpaba á sus puertas, ávida de emociones y de escuchar el veredicto que iba á recaer en la causa.

El reo, pálido y demacrado, con la mirada triste y la cabeza inclinada sobre el pecho, parecía, ante el público, como abatido por el remordimiento.

Encerrado en la más ténaz de las negativas, nada había hecho para desvanecer los cargos que contra él pesaban.

A todas las preguntas que le había dirigido el juez en el curso del proceso, se había limitado á contestar:

— Yo no he sido el autor del crimen.

El motivo de habersele encontrado á solas con el cadáver en la estancia y empapadas de sangre sus ropas, ni lo explicaba ni lo había querido explicar en manera alguna.

Al ser advertido que su tenaz silencio podía llevarlo hasta el patíbulo, se encogía de hombros, bajaba la cabeza y murmuraba:

— Sea lo que Dios quiera.

Excusado es decir que á este misterio debía el crimen su mayor celebridad.

En los días precedentes y durante el examen de testigos, nada había podido obtener el jurado que aclarase ni hiciese variar la resultancia del proceso.

En éste aparecía que D. Federico (tal era el nombre del acusado) llamó á las diez en punto á la puerta de la casa de D. Mateo; que el criado, al abrir, le dijo que su amo se hallaba solo en el despacho; que á éste se dirigió D. Federico; que un momento después se oyó un grito de angustia, y que al acudir apresuradamente la servidumbre, encontró á D. Mateo caído sobre un brazo del sillón en que estaba sentado, con un puñal clavado en el pecho, y á don Federico junto á él, manchado de sangre.

A lo horrible del hecho había que añadir una circunstancia en extremo agravante. Todo cuanto don Federico era lo debía al suegro del difunto, quien lo había recogido de niño, le había costado su educación y lo había hecho hombre.

Mucho se discurrió acerca del móvil que guiara la mano del asesino, y los que más presumían de estar en lo cierto, sospechaban que el crimen era lógico

sus labios, creyó ser testigo presencial de aquel drama sangriento.

El reo escuchó la acusación sin levantar la cabeza ni hacer movimiento alguno que revelase las sensaciones de su espíritu, ni aun en aquellos supremos instantes en que el fiscal pidió para él un veredicto de culpabilidad, que entrañaba la pena de muerte en garrote vil.

Tocóle el turno á la acusación privada, y el joven y fogoso jurisconsulto, gloria legítima de la toga y representante de la familia del occiso, hizo uso de la palabra.

Confirmó, en elocuentes períodos, los puntos esenciales de la acusación fiscal, consiguiendo, á la vez que impresionar fuertemente al público, sacudir la atonía del reo que, densamente lívido, fijaba en él su mirada atónita y parecía como estremecerse de espanto ante el formidable poder de su palabra.

Hizo una descripción patética de la solicitud con que el suegro de la víctima había recogido y educado al que luego había de revolverse como áspid venenoso contra su bienhechor en la persona de su hijo político; extremó el concepto de la alevosía del crimen, trazando de manera magistral hasta la menor de sus circunstancias; pintó con tristísimos colores el desconsuelo de la viuda, el dolor de los padres y el penoso efecto en la sociedad causado por tan horrendo crimen; presentó á su autor como el prototipo de la ingratitud, como el *summum* de la doblez, como un monstruo del salvajismo, y terminó pidiendo para él, en nombre de la vindicta pública, el más afrentoso de los suplicios.

El éxito del orador no tuvo límites y la indignación del auditorio llegó á su colmo.

Al acusador privado siguió el defensor, quien cumpliendo con un deber, más bien que dejándose llevar por la convicción, apeló á todos los recursos de la oratoria para mover á compasión el ánimo de los jurados. La ejemplar conducta de su defendido hasta el momento de la consumación del crimen; la carencia de antecedentes que pudieran determinar animosidad contra la víctima; la negativa rotunda y persistente del acusado, y la falta absoluta de testigos presenciales, fueron los principales argumentos que

— Un momento, señor presidente. El autor del crimen no es el acusado: puedo justificarlo plenamente: el autor del crimen es ese mismo abogado que acaba de sostener la acusación privada con tanta elocuencia como cinismo.

Ni una bomba que hubiera caído en medio de la sala hubiera causado en todos mayor efecto.

La vista quedó suspendida en el acto.

Seis meses más tarde volvióse á reunir el Jurado para ver de nuevo la causa, que había sido repuesta al estado de sumario.

El abogado acusador de la anterior vista sentábase en el banquillo de los acusados.

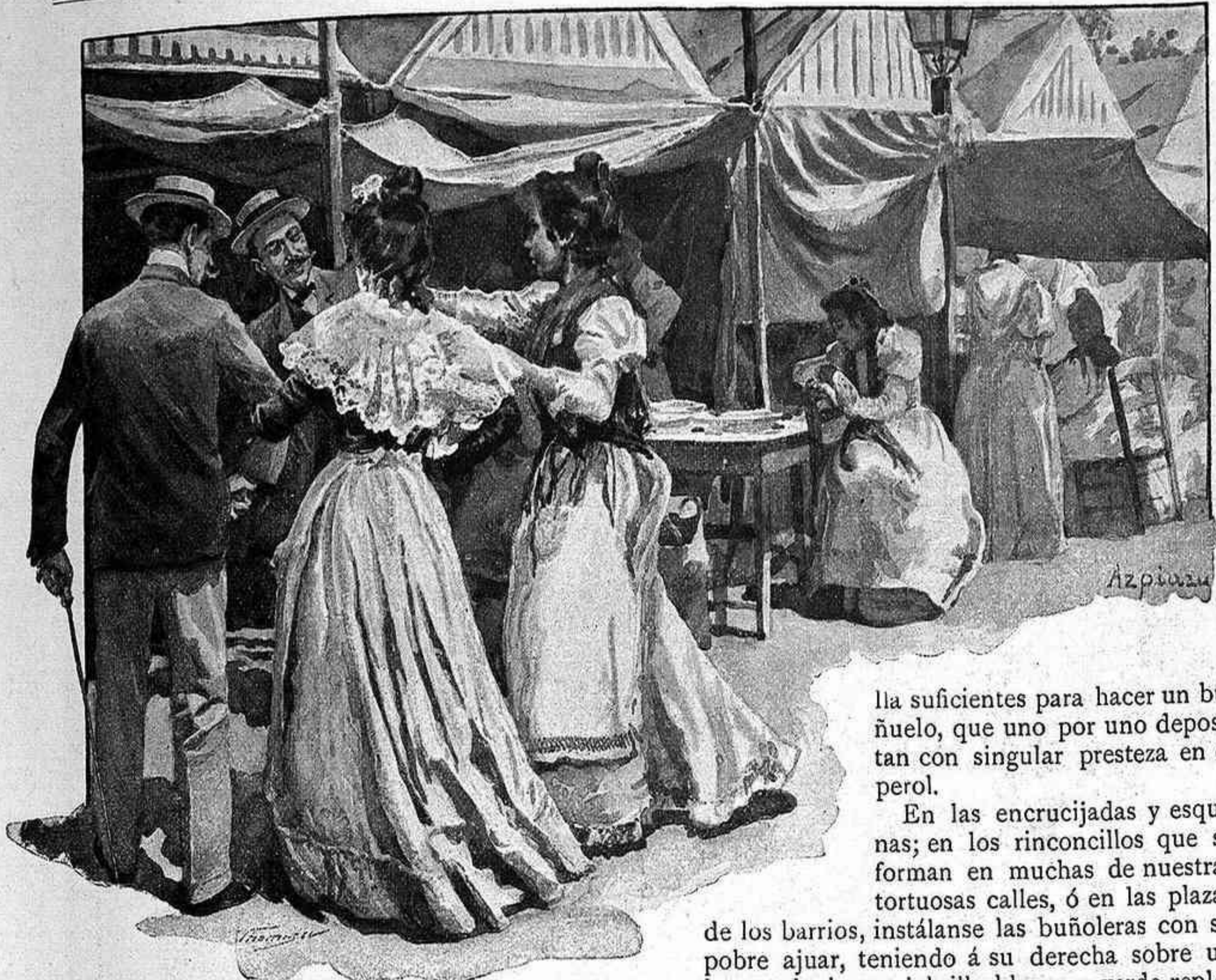
D. Federico había recobrado su libertad; pero ni como presunto reo ni como testigo después dijo nada acerca de aquel hecho, cuyo móvil quedaba envuelto en el misterio más profundo, puesto que el verdadero reo también se encerró sobre tal extremo en el silencio más obstinado é impenetrable.

El hecho constitutivo del delito quedó justificado plenamente por confesión de su autor. Cuando don Federico entró en el despacho y corrió en auxilio de la víctima que caía desplomada en el sillón, el asesino trasponía por una puerta de escape que daba á un corredor, corredor que comunicaba con el jardín, que fué por donde aquél entró y volvió á salir furtivamente sin que nadie en la casa se percatara de ello. Únicamente el denunciador pudo reconocerlo cuando saltó la tapia, y pudo observar, cuando apresuradamente se alejaba de ella, que iba salpicado de sangre.

No hubo medio de deducir complicidad alguna. El veredicto no se hizo esperar: el acusado fué declarado culpable del delito de asesinato con circunstancias agravantes, y luego condenado á muerte por el tribunal de derecho.

— Dios lo ha querido, fué lo único que murmuró D. Federico al saberlo. En cuanto á mí, he cumplido con un deber de conciencia. La honra de mi bienhechor antes que mi vida: la honra de su nombre antes que todo.

CAMILO MILLÁN
(Pero Nuño)



... entra y verás qué biñuelos más güenos y más ricos

BUÑUELOS Y BUÑOLERAS

No puede negarse, que por lo que hace á Andalucía, permanecen vivas muchas tradiciones de las que nos legaron los moros, nuestros antepasados, desde hace cerca de seis siglos. A ellas vivimos apegados chicos y grandes, y ellas, precisamente, forman el conjunto de los mil pormenores que constituyen el conjunto de lo que hemos dado en llamar el carácter propio de cada pueblo, su fisonomía social.

De padres á hijos se nos han transmitido antiguas costumbres y gustos, que sabe Dios cuándo desaparecerán, por lo arraigados que se hallan; y entre ellos no es para olvidado el de los andaluces al desepitarse por los buñuelos, cuyo origen debe de ser el mismo que el de los calentitos, churros ó tejerinos, pestiños, piñonates y rosas, las cuales creo que son las llamadas por el famoso Martínez Motiño «fruta de sartén,» pues en su composición entran como principales substancias la masa de harina frita en aceite y la miel ó el azúcar. El doctor Covarrubias no parece que da á los buñuelos abolengo árabe, por cuanto halla su etimología en el latino *globulus*, describiéndolos de esta suerte: «Cierta fruta de masa, frita con azeite, que se come caliente y con miel, y en España es más usada que en otra ninguna parte, en tiempo de invierno. Díxose buñuelo, quasi puñuelo, porque tomando un poco de aquella masa, batida y en su punto, en el puño, le van apretando poco á poco sobre el azeite, y aquello que se exprime y cae en la sartén ó padilla de azeite, es el buñuelo, exprimido del puño. Ordinariamente son mujeres las que los hazen y venden y las llaman buñoleras.»

Tenemos, pues, explicada la etimología de la voz; la manera de manejar y de freir la masa; la época del año en que se consume y las gentes que se dedican á hacerlos. Nada tenemos que objetar á lo dicho por aquel escritor, pero sí algo que añadir. Efectivamente, mujeres son las que vienen conservando la tradición; y gitanas por cierto, ya viejas, ya jóvenes, las cuales aparecen en Sevilla, no en invierno, sino en primavera.

En los días en que la madre Naturaleza se rejuvenece, preparándose para lucir todos los espléndidos atavíos de su deslumbrante sol, de sus brillantes colores y de sus suavísimos perfumes, también las buñoleras salen de sus miserables albergues, y cuidadosamente peinados los negros cabellos, cubiertos de flores el pecho y la cabeza, ceñido el talle por vistoso pañuelo de seda de Manila, vestidas con limpiísima y almidonada falda de percal, recogidas las mangas por encima de los codos, mostrando sus bronceados brazos, vémoslas sentadas delante del anafe que sostiene enorme perol, en el cual hierve y chirrea el aceite, manejando con su mano derecha el largo alambre de que se valen para dar vueltas á la masa, mientras que con la izquierda van tomando y moldeando entre sus dedos las porciones de aque-

lla suficientes para hacer un buñuelo, que uno por uno depositan con singular presteza en el perol.

En las encrucijadas y esquinas; en los rinconcillos que se forman en muchas de nuestras tortuosas calles, ó en las plazas de los barrios, instálanse las buñoleras con su pobre ajuar, teniendo á su derecha sobre un banco el trianero lebrillo blanco y verde repleto de masa, cubierto en su mitad por limpiísimo lienzo adornado de encajes, que preserva del polvo á la masa, mientras que á su izquierda tiene al alcance de su mano, pendiente de un palo, el peso, y más arriba del sitio de éste la gran candileja de hojalata con tres ó cuatro brazos, por los cuales asoman gruesos pábilos de algodón formando verdaderos hachones, que despiden constantemente negras nubes de espeso y asfixiante humo.

Si la buñolera es vieja, acompáñala, por lo general, una mozueta emperojada como he dicho, la cual sirve de *gancho* para que los transeuntes, en obsequio á sus encantos y á sus melosas y zalamerías frases, hagan consumo.

Los días de fiesta y los de grandes solemnidades religiosas vemos seguramente á las buñoleras ocupando sus tradicionales puestos; pero las ocasiones para ellas de hacer gran negocio son las veladas de San Juan y de San Pedro, Santa Ana y Santiago, y las ferias de San Miguel y de abril.

En las primeras refuérzase considerablemente el ajuar de la buñolería, pues se ve aumentado por una ó varias mesillas desiguales en formas y tamaños, con sus correspondientes sillas, asimismo diferentes; pues ya en aquellas fiestas, sobre todo por las noches, acude la gente, estableciendo sus tertulias, que cada vez van animándose más á medida que van subiendo á las cabezas de los tertuliantes los vapores del aguardiente, bebida predilecta de los aficionados á buñuelos, y con la cual dicen que se facilita la digestión de la pesada masa.

Pero estas dos fases, con las cuales conocemos ya á la buñolera andaluza, apenas si pueden compararse con la más principal; cuando se nos ofrece con sus más típicos rasgos, con toda la originalidad y con todo el carácter verdaderamente artístico, que ha dado ocasión á muy afamados maestros en el manejo de los pinceles para trasladarlas á sus lienzos, produciendo animadísimos y pintorescos cuadros llenos de vida y de gracia, exuberantes de colores, realzados por los mágicos efectos de la luz incomparable de nuestro cielo y sorprendentes por la expresiva hermosura de unas mujeres en las cuales parecen sintetizados el ardiente apasionamiento con la salvaje vehemencia; la sed insaciable de goces llevados hasta la locura, con la tristeza nacida de la falta de medios, con el constante peso de la miseria y de la desdicha.

Aquellos días son los mejores para estudiarlas y para conocerlas: en los días de la gran Feria de Abril, época en la cual acuden á esta ciudad las caravanas gitanescas que han andado errantes de pueblo en pueblo la mayor parte de los meses del año, para establecer su tienda ó choza en la calle destinada á buñolerías. Entonces salen á luz las mejores sábanas con los más vistosos encajes y bordados, plegándolas en forma de pabellones sujetos con lazos de cintas y ramos de contrahechas flores; cadenas de papel de colores que cru-

zan la tienda en todas direcciones, adornando las paredes de lienzo vistosos carteles, anuncios de corridas de toros, los retratos de algún diestro y los mejores espejos de que pueden disponer. A estos adornos hay que añadir las relucientes candilejas de hojalata, con sus florones de papel picado pendientes de cada uno de sus brazos; las mesillas de todas clases y tamaños, y el letrero escrito en una tabla colocada en el frontis de la tienda, con letras por lo general torcidas y desiguales, que dice en estos ó parecidos términos:

LA AL EGRIA De triANA
VuÑuelos i Chocola-
TE.

Figúrense luego mis lectores á la puerta la buñolera con sus trebejos formando grupo con las dos ó tres gitanillas que sirven de *gancho*, de cuyas manos no se escapa, en algunos metros á la redonda, el feriante que penetra en la calle donde se hallan establecidas las buñolerías.

— Anda, jermoso, dícenle al tiempo que le cogen de un brazo, por la espalda de la americana ó de la chaqueta, por donde pueden; ven, por tu saltí; entra y berás que biñuelos más güenos y más ricos... Ven, que te pareses al rei de España...

Mientras tanto le empujan y atraen á viva fuerza hacia la choza, empleando todo el arte de la seducción con sus miradas tiernas y con su acento dulce y persuasivo.

Cuando la gitana se convence de que no ha de sacar partido, sus halagos se convierten en puyas más ó menos fuertes, dirigidas á herir el amor propio del desdeñoso transeunte, las cuales improvisa con la vivacidad de imaginación característica de todos los individuos de su raza, apoderándose de la falta ó defecto personal de aquél, extremando sobre todo su gracejo é inventiva si se trata de un extranjero que llame la atención por su tipo especial; pues entonces entáblase verdadera lucha para que el desdichado coma buñuelos y beba aguardiente. Dicho se está que si aquél no se convence ni se deja conquistar, entonces... debe dar gracias á Dios de ignorar el castellano.

Mucho más podría decirte, caro lector, acerca



Buñolería en una calle de Sevilla

del tipo popular de la buñolera andaluza; pero has de contentarte con estos cuatro brochazos, con los cuales no faltará crítico que diga «que he hecho un buñuelo.»

J. GESTOSO Y PÉREZ.

(Dibujos de Azpiazu.)



LA HIJA DEL GRECO, copia del célebre retrato pintado por Domenico Theotocopuli (El Greco)



DE ORDEN DEL SEÑOR ALCALDE

cuadro de José Luis Pellicer (propiedad de D. Isidro Llovet)

NUESTROS GRABADOS

Viejo pescador, cuadro de Dionisio Baixeras.
 - Es Dionisio Baixeras de esos pintores cuya firma podría suprimirse impunemente al pie de sus cuadros sin que nadie vacilase en señalarle como autor de los mismos. Privilegio es este sólo concedido á los que tienen verdadera personalidad dentro del mundo del arte, de los que á fuerza de talento, de estudio y de observación se han creado un estilo propio, inconfundible con el de cualquier otro artista, aun de los que se dedican á la especialidad que él con tan brillante éxito cultiva. Muchos son los pintores que se inspiran en los hombres y en las cosas del mar, los que pintan escenas de playa, tipos de pescadores, episodios de pesca; y sin embargo, los lienzos de Baixeras se distinguen sin esfuerzo alguno de los demás á ellos parecidos. Profundo observador, enamorado del natural, dotado de una percepción justa y con un dominio absoluto del pincel y de la paleta, ha sabido retratar en sus obras, no sólo la vida externa de las gentes marinas, sino además su modo de ser psicológico; en sus figuras se ve algo más que los rasgos y las formas del cuerpo; se transparenta en ellos el alma; contemplándolas podemos apreciar, no solamente cómo son por fuera, cómo viven, cómo trabajan, sino también lo que son por dentro, cómo piensan y cómo sienten. Y si de las figuras pasamos á lo que podríamos llamar escenario en donde éstas se mueven, habremos de reconocer que también es maestro consumado en la manera de presentar el mar bajo sus diferentes aspectos y en sus más variados cambiantes de color, reproduciendo con habilidad suma sus hermosas transparencias, sus ondulaciones suaves, sus bellas irisaciones y su movimiento incesante.

El conde de Lara y su paje, cuadro de Domingo Morelli. - En el número 1.030 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un extenso artículo crítico-biográfico sobre Domingo Morelli, y en él expusimos lo que este eminente pintor italiano significó dentro de la historia del arte de su patria. Entonces dijimos que Morelli cultivó especialmente la pintura religiosa inspirada en las tradiciones bíblicas y que sólo contadas veces consagró su talento á la pintura histórica: entre los pocos cuadros de este último género figura el que reproducimos en la página 172, *El conde de Lara y su paje*, inspirado en el poema en que Byron nos presenta al que fué famoso pirata, reinstalado en el castillo de sus mayores en compañía de su paje Kaled, que es una esclava disfrazada de hombre y enamorada apasionadamente de su señor, perseguido al parecer por continuos terrores y buscando siempre la soledad. Morelli ha interpretado admirablemente los dos personajes que entran en su lienzo, adivinándose en la figura del conde las negruras de su carácter y en la del paje el tinte melancólico de un amor intenso y sin esperanza.

Regreso de la guerra, cuadro de Sheridan Knowles. - En pocas figuras ha representado el notable pintor inglés Sheridan Knowles los distintos episodios á que puede dar lugar el regreso á sus hogares de los que de ellos se vieron arrancados por la guerra: en él están el joven oficial que se reúne con su esposa amante; el padre que abraza á su hija, el grupo de vecinos curiosos y la infeliz madre traspasada de dolor porque su hijo es de los que no vuelven, de los que sucumbieron en el campo de batalla.

El despertar de un alma, cuadro de A. Tavernier. - Constituye este cuadro del celebrado pintor italia-

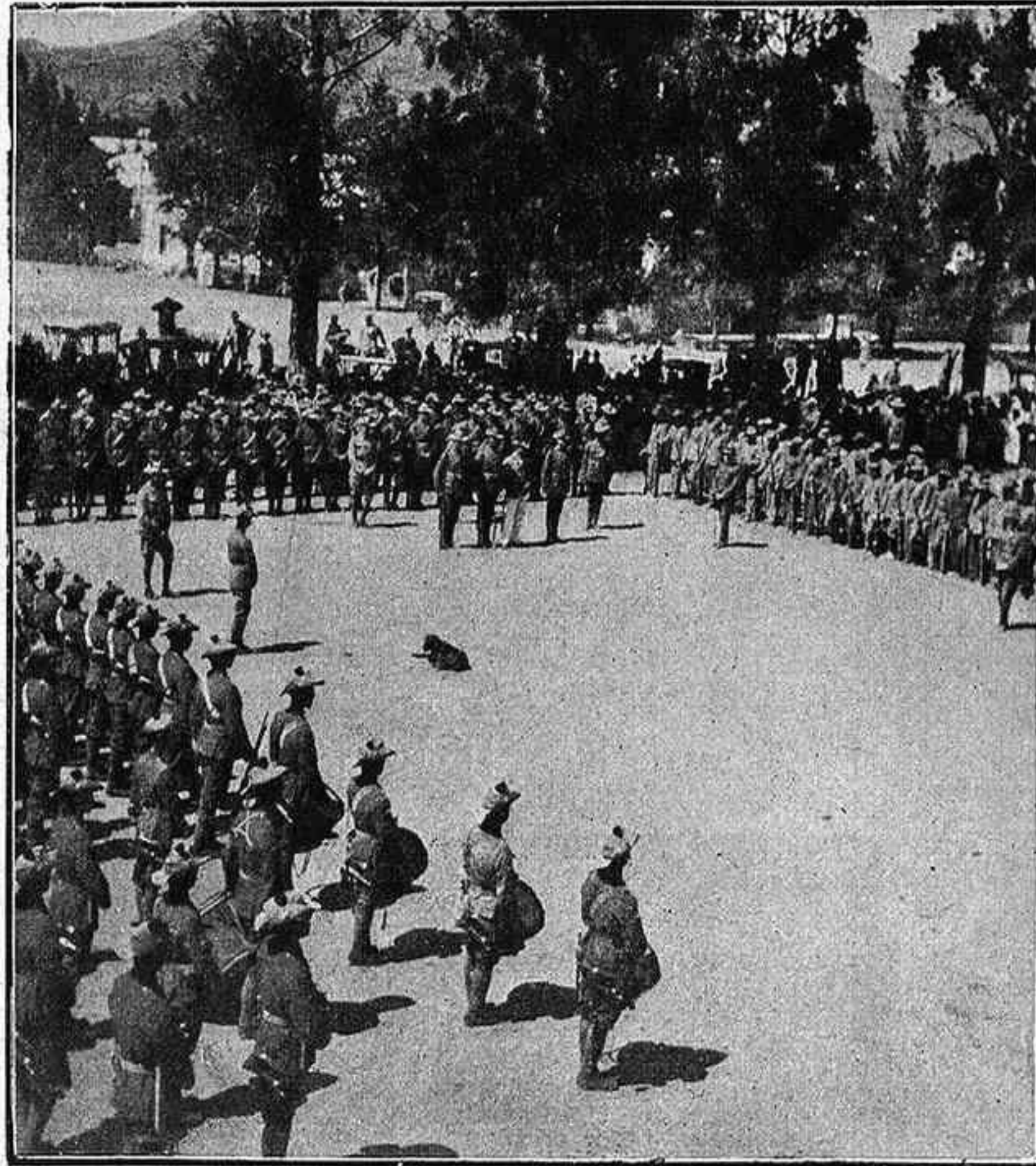


El despertar de un alma, cuadro de A. Tavernier

no un bellísimo estudio psicológico que responde perfectamente al título que le ha puesto su autor: el artista ha sabido expresar con gran acierto un estado de alma por medio de esa figura cuya contemplación produce una impresión dulce é intensa, cual corresponde al sentimiento que la anima.

Guerra anglo-boer. El comandante Scheepers oyendo la lectura de su sentencia de muerte.
 - No hemos de repetir una vez más las consideraciones que en otras ocasiones hemos expuesto acerca del modo como los ingleses hacen la guerra en el Africa Austral. Unicamente diremos, como explicación del grabado adjunto, que el consejo de guerra encargado de juzgar al comandante Scheepers se reunió

en Graaf Reinnet en 18 de diciembre último y dictó pocos días después sentencia, condenando á muerte al prisionero. Confirmada la sentencia por lord Kitchener, fué leída al reo en la plaza de la Iglesia de dicha población, en 17 de enero, por el teniente coronel A. Henniker, formando el cuadro el segundo batallón de guardias de Coldstream y la guardia de Graaf Reinnet. A las tres de la tarde del día siguiente fué fusilado el co-



GUERRA ANGLO BOER. - El comandante boer Scheepers oyendo la lectura de su sentencia de muerte

mandante Scheepers, viniendo su nombre á aumentar la lista de los que han sido inmolados por la insaciable ambición de Inglaterra, por el horrendo delito de defender la independencia de su patria.

La hija del Greco, cuadro de Domingo Theotocopuli (El Greco). - Sabido es que el Greco, que aunque cretense de origen pasó la mayor parte de su existencia y murió en España, produjo en el arte pictórico español una revolución tan profunda, que bien puede afirmarse que fué el fundador de la llamada escuela española, en la cual había de brillar más tarde como astro de primera magnitud el inmortal Velázquez. Enamorado de la verdad, interpretó el natural con una finura de color y de modelado magistral, y así sus retratos, género en el que fué consumado maestro, viven lo propio que las figuras que entran en todas sus composiciones: véase, en prueba de ello, el de la hija del artista que en este número publicamos, obra que sin reparo puede calificarse de maravillosa, pues aparte de las bellezas técnicas que encierra, hay en ese rostro y sobre todo en esos ojos tanta frescura, tanto vigor, tanta vida, en una palabra, que parece imposible que el pincel pueda por modo tan admirable reproducir la obra de la naturaleza.

De orden del Señor Alcalde, cuadro de José Luis Pellicer. - Son muchos los que al oír pronunciar el nombre del que fué nuestro querido é inolvidable amigo y director artístico, sólo recuerdan al eminente dibujante que con sus admirables composiciones llenó las páginas de innumerables libros y de las más importantes ilustraciones y revistas nacionales y extranjeras; y sin embargo, Pellicer, además de sus dibujos, ha dejado algunos cuadros, pocos por desgracia, que le hacen digno de figurar entre nuestros más ilustres pintores contemporáneos, no sólo por su mérito intrínseco, sino que también y muy principalmente porque en ellos se ven las primeras manifestaciones de la escuela naturalista catalana. En efecto, Pellicer fué de los primeros, si no el primero, de nuestros artistas que rompiendo los antiguos moldes comprendió que el verdadero arte está en la naturaleza, en las escenas vistas y vividas, en los asuntos ahondados por la experiencia propia, en las figuras con los propios ojos estudiadas; y así sus lienzos son una expresión fiel de la realidad, y pintados en una época en que el gusto artístico seguía bien distintos derroteros, en que nuestros más célebres pintores se preocupaban más de los efectos de color y de composición que de la verdad, demuestran un espíritu de independencia y un valor de convicciones que no suelen verse con frecuencia en los que del público han de vivir y que fueron siempre la característica de Pellicer. El cuadro suyo que hoy publicamos, gracias á la amabilidad de su propietario Sr. Llovet, y que representa una escena típica de costumbres catalanas, es la mejor prueba de nuestro aserto, y nadie diría al verlo que fué pintado en una época en que los asuntos como el de este lienzo se consideraban frívolos y los procedimientos sencillos como el que en él empleó su autor eran estimados como demostración de falta de imaginación y de recursos técnicos; no obstante lo cual, estos asuntos y estos procedimientos se han ido abriendo camino y al fin se han impuesto á la inmensa mayoría de los artistas y al público.

Sevilla. Carnaval de 1902. Comparsa del Centro de Bellas Artes. - Entre los festejos celebrados en Sevilla durante el pasado Carnaval, sobresalió el magnífico festival organizado por el Centro de Bellas Artes, que preside el reputado pintor Sr. Parladé, en el teatro de San Fernando, cuya sala estaba convertida en templo egipcio y cuyo escenario recordaba á la antigua Pompeya. La tómbola y el baile de máscaras que allí se verificaron en la noche del 8 de febrero tuvieron un éxito inmenso, habiendo presidido la fiesta la señorita Boulay, á quien por unanimidad se concedió el primero

de los premios señalados, por su riquísimo disfraz de japonesa. La comparsa del citado centro organizador, que reproduce el grabado de la página 184, estaba formada por reputados artistas que vestían apropiados trajes de la época de Felipe IV, y su orden de formación era el siguiente: abanderado (Sr. Hidalgo), grupo de militares (Sres. Rico, González, Ordóñez, Cáceres, Arizmendi y Rodríguez Saña); señor de la comitiva (Sr. Parladé), pajes (Sres. Escalera y Sánchez Cid), esclavo de la época (conserje del Centro), llevando en una bandeja y sobre almohadón rojo el abanico del Sr. Villegas que constituía el premio concedido á la reina de la fiesta, y grupo de caballeros (Sres. del Mazo, Tova, González Santos, Téllez, Zuloaga, Moyano, Castro, Bernis, Tirado y Luna). Las felicitaciones unánimes y entusiastas que el Centro de Bellas Artes sevillano recibió con motivo del festival, son la mejor recompensa para aquella importante y simpática corporación, cuyo laudable ejemplo es digno de ser imitado por otras corporaciones análogas, para que los festejos carnavalescos pierdan el carácter insulso que hoy tienen y sean en nuestros grandes centros una nota de arte y de distinción que por completo los transforme.

MISCELÁNEA

Teatros. - París. - Se han estrenado con buen éxito: en la Gaité *Le billet de Josephine*, poema de G. Feydeau y Julio Mery, música de Alfredo Kaiser; en el teatro Antoine *La fille sauvage*, drama en seis actos de Francisco de Curel; y en el Odeon *Le luxe des autres*, comedia en tres actos de Pablo Bourget y Enrique Aimé.

Barcelona. - Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Dulces memorias*, cuadro dramático en un acto de D. Eusebio Blasco, y *Una cana al aire*, comedia en dos actos de D. Miguel Echegaray; y en Romea *Gent de platja*, cuadro de costumbres en un acto de A. Bori y Fontestá. En el Liceo se han celebrado dos notabilísimos conciertos bajo la dirección del eminente maestro Kunwald, que han valido á éste y á la orquesta grandes aplausos: en ellos tomó parte el pianista Rosenthal, á quien con razón puede calificarse de coloso del piano por su ejecución maravillosa, así como por el acierto con que interpreta las grandes obras de los más ilustres compositores.

- En el teatro Metropolitano de Nueva York ha alcanzado un éxito extraordinario la nueva ópera de Paderewski *Manru*.

Necrología. - Han fallecido: Roberto Adamson, notable filósofo inglés, profesor de la Universidad de Glasgow.

Alberto Bierstadt, famoso pintor paisista norteamericano, de origen alemán, pero residente desde su infancia en los Estados Unidos, muy conocido por sus grandiosos paisajes de las Montañas Rocosas y de California.

Juan Powles Cheyne, célebre explorador polar inglés, que tomó parte en tres expediciones árticas para encontrar á Juan Franklin y que fué el primero en concebir el proyecto de llegar al polo en globo.

Emilio Holub, naturalista bohemio, explorador del Africa y autor de importantes obras sobre el Africa del Sur.

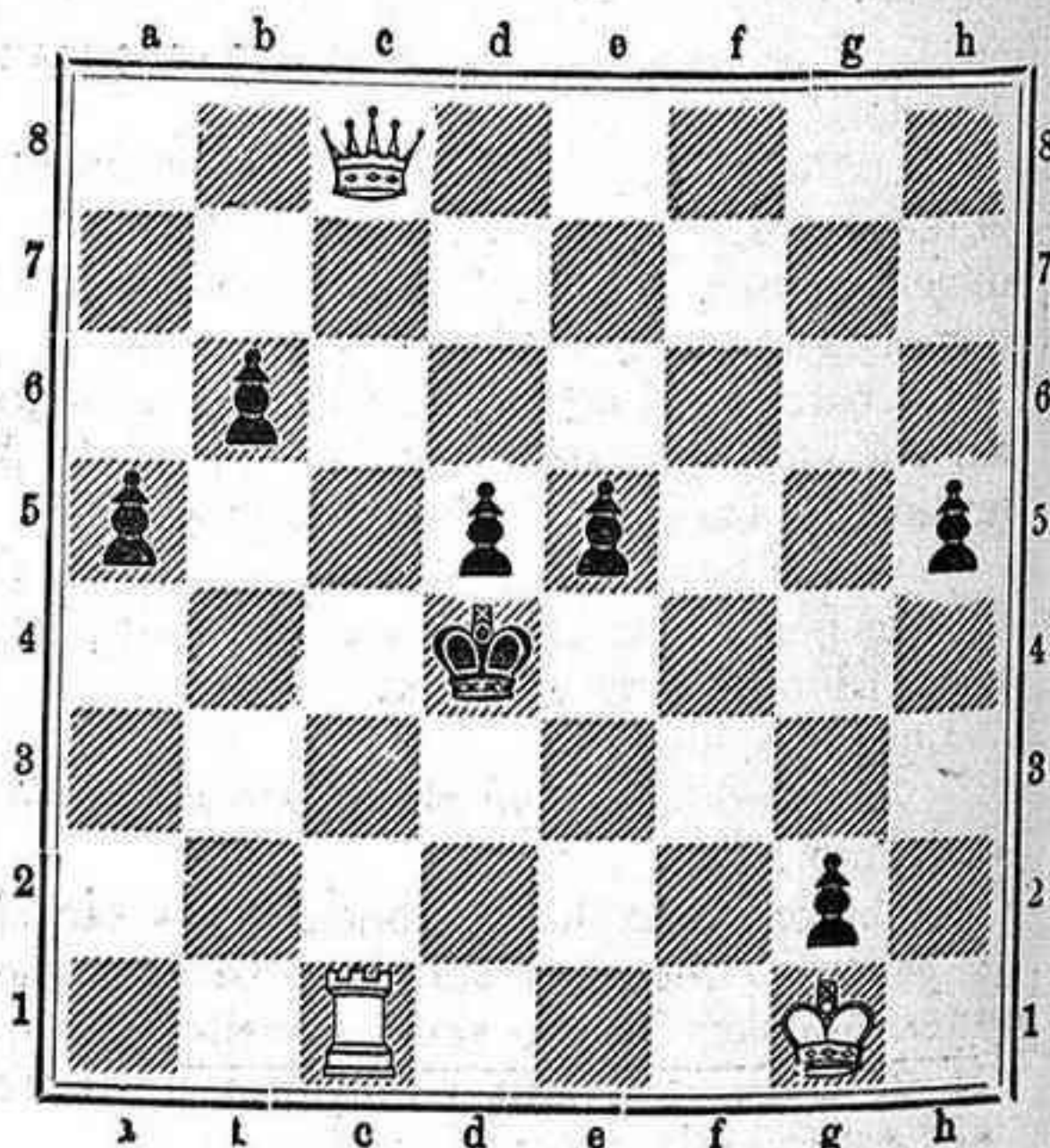
Julio Wolff, célebre cirujano alemán, profesor de Cirugía y director de la policlínica de ortopedia quirúrgica de la Universidad de Berlín.

Samuel Rawson Gardiner, ilustre historiógrafo inglés.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 272, POR FR. DUBBE.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (3 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 271, POR H. y E. BETTMANN.

- Blancas.
- 1. Dc7-a5
- 2. D6A mate.
- Negras.
- 1. Cualquiera.

EL PASADO DE UNA MADRE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.- ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Marsac vaciló. Pensaba que, de todos modos, no era natural emplear un subterfugio para ocultar á la desgraciada lo que tan cruelmente debía herirla. Pero la señora de Grandpré tenía la inteligencia demasiado despierta y clara para no comprenderlo, é inclinándose hacia él con los ojos dilatados por un horror indecible,

- Marsac, dijo, ¿se ha batido por mí?

- Aseguro á usted..., respondió.

- No me trate usted como á una muchacha; tanto he sufrido, que ya puedo saberlo todo. Se ha batido por su madre... ¡Muy bien, mi valiente hijo!

La baronesa no derramó siquiera una lágrima, y luego añadió:

- ¿Con qué pretexto, por qué causa?

- No sé. A causa de una tontería. El Sr. de Villebois es un amigo ó un pariente, no lo sé á punto fijo, de la familia de Egrigné.

- ¡Ah!, exclamó entonces la señora de Grandpré con desdén profundo, es su regalo de bodas. Pero dígame usted cómo está Pablo de su herida.

Marsac le contó entonces, viendo la calma de que daba pruebas, la escena que había pasado antes del desaffo.

Desde la víspera, Pablo había estado de mal humor, pensando, sin duda, que el matrimonio de su hermana era solamente una chiquillada que luego sentiría; y sin que ni por un momento abandonara la actitud correcta que debía mantener hacia la familia de su futuro cuñado, y habiendo oído una frase que era altamente ofensiva para su madre y también para su padre, se volvió de repente y sorprendió las últimas palabras de aquella frase, que pronunciaban los labios del Sr. de Villebois.

Separándose entonces sin afectación alguna del cortejo, se aproximó al ofensor y le preguntó si se hallaba dispuesto á sostener sus palabras. Villebois era un tonto presuntuoso, pero no era un cobarde. Rehusó, pues, rectificar y Pablo le provocó.

Al día siguiente por la mañana, y siendo Marsac uno de los testigos de Pablo, el desafío se verificó en la propiedad de uno de sus camaradas, en Meudón.

A consecuencia del duelo, Villebois quedó sobre el terreno por muerto, y Pablo herido en el pecho; diciendo los médicos que, si no sobrevenia ninguna complicación, la herida no era peligrosa.

La baronesa había escuchado toda esa relación sin inmutarse; cuando la hubo terminado Marsac, levantando hacia él la mirada, le preguntó:

- ¿No le ha dicho á usted nada para mí después de caer herido? Su conducta es natural; pero, ¡Dios me perdone!, no es generosa.

Luego añadió:

- ¿Y cómo le digo yo ahora esto á su padre? ¡Ah, Dios mío!

La baronesa explicó entonces á Marsac el síntoma peligroso que había sufrido el barón pocas horas antes. Marsac, que no sabía aquella nueva desgracia, quedó sorprendido, y preguntó si realmente estaba enfermo de peligro el barón.

- Sí, me ha dicho el médico que la menor emoción podía matarle. Piense usted, Marsac, que si el Sr. de Grandpré muriese, tendría sobre mi conciencia una culpa irreparable.

- No se cuide usted ahora de eso, señora. Lo esencial es que su esposo viva y que usted le cuide.

- ¡Oh, sí; estoy dispuesta á toda suerte de sacri-

ficios! Si el aire del campo ha de curarle, le acompañaré á la Vernerie... Pero crea usted, Marsac, que desde que mi esposo ha caído malo siento un remordimiento indecible. Desde que me ha dicho el mé-

vanecida. Marsac se acercó á ella y le tomó las manos; y viendo que había perdido el conocimiento, no se atrevía á moverse de su lado ni para llamar. Cuando hizo un leve movimiento le dirigió de nuevo la palabra para consolarla, y le dijo:

- Llore usted, señora, llore usted.

Marta lloró largo rato y amargamente; cuando parecía agotado el manantial de sus lágrimas, un temblor convulsivo la agitaba y estrechaba con fuerza las manos de su amigo, que estaba arrodillado junto á ella. Al cabo volvió á la realidad, y dijo:

- Durante muchas noches he sufrido tormentos parecidos, y nadie los ha visto. Preciso es que sea de hierro para que no haya muerto. Desde hace veinte años sufro como pueden sufrir los condenados en el infierno. Pero hoy, conozco que mi marido me ha perdonado. Lo he leído en sus ojos; estoy segura de ello. Haga usted que mi hijo lo sepa. Cuando uno es joven, es cruel; demasiado lo sé... Pero que mi hijo no sufra lo que yo sufro... Dígame usted que me perdone; que se ahorre el suplicio que yo sufro: el remordimiento. ¡Piense usted cuánto sufriría si yo muriera á mi vez sin que él me hubiese abrazado!

Aquel grito de angustia fué el último. Marsac podía apenas creer que, media hora antes, la había visto aplastada bajo el peso de su dolor.

- Traígame usted noticias suyas. Me conoce usted bastante para saber que le aborrazaré toda emoción inútil. Hasta luego.

Diciendo esto, entró en su habitación, arregló su traje y desaparecieron de su rostro las huellas que el dolor había impreso en sus facciones pálidas y finas.

XV

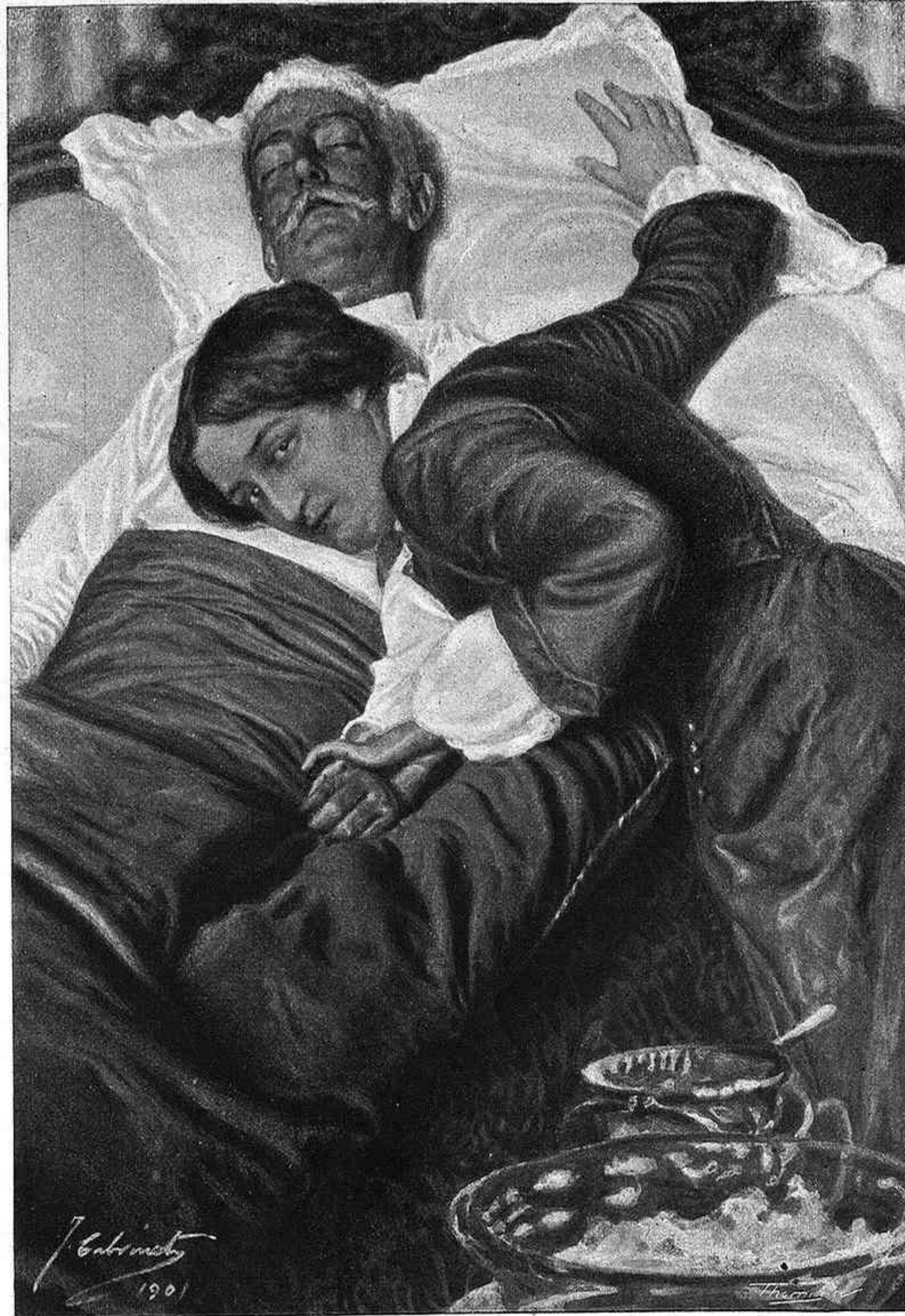
El Sr. de Grandpré salió pronto de peligro, gracias á su constitución robusta; pero el médico, antes de despedirse de él y de la

baronesa, dijo á ésta que el choque había sido mucho más rudo de lo que en un principio se figurara, y que, por lo tanto, la convalecencia del Sr. de Grandpré sería mucho más larga de lo que había imaginado y muy grande también la facilidad de las recaídas.

La baronesa escuchó todas las recomendaciones que le hizo el doctor, sin que se notara ninguna emoción en su semblante, y, como era de su deber, se decidió á acompañar á su esposo á la Vernerie.

Lo que más le costaba era disimular al barón la enfermedad de su hijo. Aquella mujer poco acostumbrada á mentir, no sabía, sin gran esfuerzo, explicar al enfermo la causa de la ausencia de Pablo. El barón, por lo mucho que había amado á Marta, comprendía asimismo la turbación que ella sentía; así es que las explicaciones que le daba le satisfacían únicamente á medias, y el hecho de que el ministro le hubiera confiado una comisión especial le extrañaba muchísimo, ya que, por lo menos, su hijo habría podido escribir excusando su ausencia.

Por lo que hace á Pablo, continuaba en su lecho de dolor, visitado por algunos amigos y por Marsac; hablando con él advertió cuánta estimación profesaba al barón aquel amigo de su madre, y desde entonces tuvo más confianza en él. Marsac se guardó muy mucho de decirle que estuviera encargado por parte de la baronesa de un mensaje de conciliación y de paz; pero nunca olvidaba aquel fiel amigo el



Las manos no estaban tan frías como antes. (Véase pág. 164).

dico que su enfermedad procede del corazón y que esas enfermedades las engendran los pesares, siento un remordimiento atroz... El pasado se venga.

- No piense usted en ello, respondió vivamente Marsac. Viva usted al día, como hacen todos aquellos que han sufrido demasiado y para quienes esa vida es el único recurso. Acompañe usted á su esposo á la Vernerie; cuídalo bien, y luego...

- Luego..., Dios dirá. ¿Pablo tenía conocimiento cuando le ha dejado usted?

- Sí. Sin embargo, podría suceder que le asaltara un acceso de fiebre al cabo de algunas horas...

La baronesa quedó durante unos instantes silenciosa y como anonadada. Al cabo, levantándose del sillón y estrechando las manos de Marsac, le dijo:

- Amigo mío, si cuando vuelva usted al lado de mi hijo éste tiene todavía conocimiento, dígame que me perdone. Me siento vencida, humillada, destrozado el corazón. Le he hecho mucho mal; lo reconozco, y Dios por ello me castiga. Pero mi hijo no debe querer nunca el castigo de su madre; un hijo debe guardar siempre piedad para aquella que le dió el ser. Todo tiene fin en este mundo y todo se olvida con el tiempo. El roce continuado borra del diamante la cifra que la punta diamantina trazara; la lluvia desmorona las rocas y allana las montañas más altas... ¿No ha de encontrar perdón en el corazón de un hijo el pecado de una madre?

Diciendo estas palabras, cayó sobre un sofá des-

pesar y el dolor punzante de la pobre madre; por esto mismo, con delicadeza insinuaba a Pablo, a pesar de la repugnancia visible con que éste le escuchaba al hablar de aquel asunto, el ansia de perdón que sentía la baronesa.

— Su madre de usted ha sufrido mucho, le dijo: la causa del desafío en sí misma y las consecuencias que ha tenido, le han causado una herida tremenda: está usted curado, y ella no lo está. ¿No cree usted que un poco de ternura por su parte?..

Pablo no le dejó acabar.

— He pensado mucho en ello durante mis horas de obligado reposo, contestó Pablo; creo que tiene usted razón... Aun cuando no fuera más que por amor a mi padre, creo que debo modificar mis sentimientos... Sin embargo, ruego a usted que de momento me ahorre toda emoción, pues me siento todavía muy débil.

Marsac no insistió. Era ya para él una gran satisfacción poder llevar a la señora de Grandpré la esperanza de un porvenir de paz y de perdón. Siguiendo sus habituales máximas de paciente filosofía, se guardó mucho de pedir demasiado, habiendo obtenido ya algo.

La baronesa recibió contentísima aquella noticia, que era para ella una esperanza; y prometiéndose para en adelante ejecutar cuanto estuviese de su parte para hacer agradable la vida al padre y al hijo, partió para la Vernerie con el corazón más satisfecho que durante muchos años lo había sentido.

XVI

Pablo de Grandpré temía visitar a su padre a causa de la palidez y de la extenuación que revelaba su semblante, a pesar del cuidado que había tenido en escoger un tren que llegase de noche para presentarse en su casa.

No obstante lo avanzado de la hora, el barón le esperaba junto a la escalinata. También él había cambiado mucho desde el matrimonio de Gilberta. Su pelo, que antes era gris, estaba ahora completamente blanco, y sus facciones se habían afilado hasta parecer las de un cadáver. Después de haber hecho servir abundante cena a su hijo, a la que apenas hizo éste los honores, el Sr. de Grandpré lo condujo a la habitación que se le había preparado cerca de la suya, en el piso bajo, y acercándose a él se inclinó hasta tocarle con un dedo el pecho,

— ¿Es aquí?, dijo en voz baja mirando a su hijo con cariño y noble orgullo.

— ¡Padre mío!, exclamó Pablo con viveza.

— ¡Cuidado, no te muevas!.., respondió su padre con voz ahogada.

Y le estrechó la mano con gesto apasionado.

— Tengo miedo de hacerte daño. ¿Estás curado del todo?

— Sí, estoy bueno; un poco de cansancio únicamente es lo que me molesta, respondió Pablo, esperando haber comprendido mal y queriendo disimular aún. El ministro...

— ¡Cállate!, dijo el padre. Por más que han hecho tu madre y Marsac, no he querido creer esa fábula, y aun cuando no quise desengañarles, a fin de no causarles inquietud, al cabo de tres días lo sabía todo.

— ¿De qué manera?

— Por mi ayuda de cámara. Me ha costado mucho arrancárselo, pero al fin lo supe y he tenido noticias de ti todos los días. ¡Pobre hijo mío! ¿Has sufrido mucho?

— No, dijo Pablo. Ruego a usted que no hablemos más de eso.

— ¡Pues yo no te hablaré de otra cosa! ¡Te has batido por nosotros, por tu padre, por tu madre, por el honor de la casa!

— Padre mío, se lo ruego a usted...

— ¡Has hecho bien, hijo mío! En tu lugar hubiese hecho yo lo mismo; te repito que has hecho bien. Y ahora ve a descansar.

La puerta de los dos cuartos quedó entreabierta, y más de una vez durante la noche, el Sr. de Grandpré, como en tiempo de la adolescencia de su hijo, fué a escuchar la respiración del joven, ya dormido.

El día siguiente fué uno de esos días espléndidos de estío, en que todo parece sonreír y vivir y crecer y gozar en el seno de la gran madre naturaleza.

De común acuerdo, padre e hijo rehusan el tratar de asuntos que pudieran turbar esa paz inalterable y preciosa. Después de haber almorzado, fueron a sentarse bajo el *verandah*, cuya sombra prestaba suave frescura en aquellas ardientes horas de la tarde. Allí el joven se hizo explicar por su padre la crisis dolorosa que éste había sufrido y de la cual se le había ocultado la gravedad.



... partió para la Vernerie con el corazón más satisfecho

— Ya lo ves, dijo el barón terminando; casi al mismo tiempo hemos sido heridos ambos, y ahora los dos estamos en plena convalecencia.

— En esta ocasión he sido más dichoso que usted, repuso Pablo; pues yo creía que usted estaba bueno, mientras que usted sabía que yo corría peligro... ¡Cuánto ha sufrido usted, padre mío!

— ¡De hijo habría muerto a no ser por tu madre! El joven no contestó.

— Hijo mío, añadió el Sr. de Grandpré, si me amas, le otorgarás el cariño que merece: ahora ya no es posible que continúe tu rigor.

— Ya lo sé, padre mío. Solamente ruego a usted que deje pasar algún tiempo. Acabo de sufrir mucho y mis nervios están todavía sobreexcitados... Aseguro que haré lo que usted desea; pero concédame al menos un corto plazo.

— Como quieras, dijo el barón suspirando.

Pablo se levantó y dió en silencio muchas vueltas alrededor del *verandah*; luego se volvió hacia su padre, y con expresión risueña y alegre, que no le era habitual, le dijo:

— Padre mío, va usted a admirarse, a escandalizarse quizá... Rompo mis votos; faltó a todos mis juramentos. ¿No adivina usted? Quiero casarme.

— ¡Ah!, exclamó el barón encantado, no podías darme una alegría mayor. Dime, ¿has hecho ya tu elección?

— Sí, contestó Pablo con aquel tono de modesta fatuidad que toman todos los enamorados al hablar por vez primera de su amor.

— ¿Se llama?

— Herminia de Cerences.

— ¿Cerences? Yo creí que esa familia se había ya extinguido.

— El Sr. de Cerences es muy viejo. Debe tener ochenta años lo menos. Su hijo ha muerto, y la señorita Herminia es su única nieta.

— Buena familia; excelentes entronques con la nobleza. Gran fortuna, si no me equivoco. Pero tú eres rico, hijo mío, y puedes pretender a quien te guste.

— Sí, contestó Pablo, no atreviéndose a decir que la adoraba.

— Y... ¿ella?

Pablo se ruborizó como pudiera haberlo hecho Herminia.

— Creo que no le desagradó, contestó con un poco de embarazo.

— ¿Qué edad tiene?

— No lo sé; parece que tiene diez y ocho años, pero quizá tenga dos ó tres más.

— ¿Has sido aceptado?

— Jamás me hubiera atrevido a dar tal paso sin consultar a usted, padre mío, contestó Pablo con tono grave. Después de los disgustos que le ha dado mi hermana, creo que no puedo por menos de mostrar a usted esa deferencia que le es debida.

El Sr. de Grandpré hizo con la cabeza un signo de aprobación. Aquel lenguaje le placía en alto grado viniendo de su hijo.

— Y ahora, ¿qué piensas hacer?

— Puesto que usted me lo permite, iré a ver al Sr. de Cerences en el mes de octubre y a pedirle la mano de su nieta.

— Y de aquí a entonces, ¿no piensas ver a tu novia?

Pablo quedó pensativo.

— No sé, dijo; sin este malhadado desafío, hubiese podido despedirme de su familia; pero ahora no sé siquiera dónde están; si en París ó en el campo.

Continuaron hablando de aquel asunto padre e hijo, y Pablo, en tanto que hablaba el barón, miraba cómo su noble rostro se transfiguraba de alegría, contento al pensar que su hijo iba a ser feliz.

Después de discutir largo rato acerca de lo que más convenía, acordaron que al día siguiente Pablo iría a París a adquirir noticias de la familia de Cerences; y el resto de aquella tarde dichosa pasó para padre e hijo con la dulzura de una calma paradisíaca.

XVII

Pablo de Grandpré no sentía cansancio y se había olvidado de su herida cuando subió al tren que debía conducirle a París; el tiempo era magnífico, y

en todas las estaciones por donde pasó sólo advirtió paisajes sonrientes. Lo único que le apenaba entre tanta dicha, era precisamente la belleza de la estación, pues no creía que los que iba a buscar hubiesen dejado de salir al campo. En cada una de las paradas miraba ávidamente por la ventanilla, para ver si descubría el ingenuo rostro de Herminia. Cada traje claro, cada sombrilla colorada, azul ó gris, le producía una sensación de sobresalto. En aquella hora matutina subía mucha más gente al tren que la que bajaba. Los comerciantes y banqueros se hundían en las entrañas de la gran serpiente, sacando las cabezas por las portezuelas para despedirse de sus hijos que les habían acompañado hasta el andén.

El Sena murmuraba aprisionado entre sus dos orillas; las escamas argentadas, que el sol hacía brillar sobre sus olas, parecían la corriente de una fortuna inconmensurable ofrecida a los pobres de este mundo por la generosidad de aquel día espléndido. Pablo se sentía rico en alegría y su corazón desbordaba de felicidades desconocidas aún; de repente se acordó del tiempo en que, niño todavía, iba también a acompañar a su padre a la estación y su madre le llevaba de la mano a fin de evitarle cualquier riesgo; aún se acordaba de la presión de sus dedos al menor ruido, a la menor alarma...

De pronto surgió una visión de lo pasado en el alma de Pablo, recordándole aquellos años que había relegado voluntariamente a la eterna sombra del olvido. ¡Cuánto había amado a aquella madre culpable, antes de abandonarle! Ahora recordaba mil detalles cariñosos en que aparecía una ternura infinita; aquel hermoso rostro, tan triste ahora, se inclinaba hacia él sonriendo con una expresión cuyo recuerdo le atravesó el corazón como una espada. Recordando más, aquello que le había causado mala impresión, ahora le producía bienestar indecible; le

era dulce pensar que había amado y había sido querido por su madre...

Cuando su padre había perdonado, ¿tenía él derecho a mostrarse inflexible? El duelo que había tenido marcaba la época de un cambio necesario. Aquello sería la fecha de una reconciliación. Nadie en lo sucesivo podría decir que los Grandpré habían aceptado su injuria, la injuria quedaba lavada con sangre. Podían, pues, deponerse las armas.

de un árbol, al extremo de una avenida; las clásicas palomas de las Tullerías se arrullaban sobre sus cabezas, y á veces bajaban á los pies de Herminia para coger el pan que ésta les echaba.

Allí estaba su adorada leyendo un libro, en tanto que su abuela, con las manos cruzadas sobre las rodillas, miraba plácidamente por entre la verde fronda. La señora de Cerences había sido madre, luego abuela y le encantaba ver los juegos de los niños.

samiento de su hermana, de su estancia en la Verrierie y de otras mil cosas, procurando siempre encontrar asuntos que no diesen pie para mucha confianza. Pablo no sabía secundar los esfuerzos de la buena señora, y muy pronto reinó un silencio penoso entre los interlocutores.

El calor hubiera sido sofocante sin un viento fresco que soplabá y que, de rato en rato, refrescaba con su hálito la atmósfera abrasada; en lo alto se oía



... Marsac se acercó á ella y le tomó las manos

El tren se detuvo; Pablo había llegado. Subió en un coche descubierto y se dirigió hacia el centro de París para matar el tiempo que quedaba hasta la hora precisa en que pudiera presentarse, sin llamar la atención, en casa de su novia.

Al ruido que produjo el picaporte al chocar contra el herraje, Pablo se sintió desfallecer de repente. Como sucede generalmente á todos los enamorados, su valor ficticio había desaparecido y experimentaba un descorazonamiento profundo. Al ver, sin embargo, la puerta abierta ante él, se reanimó y preguntó al portero si los Sres. de Cerences estaban en París.

El Sr. de Cerences estaba ausente; la señora y la señorita habían salido. Viendo la mueca que hizo Pablo al saber la noticia, á pesar de su apariencia seria, el portero, que ya le conocía, añadió:

— Las señoras van cada tarde al jardín de las Tullerías cuando hace sol.

Pablo sacó dos tarjetas de su cartera, las dobló cuidadosamente, y las entregó al portero, dándole las gracias. Luego se dirigió hacia el jardín suntuoso, que ahora parece olvidado de todo el mundo, donde las señoras de Cerences habían tenido el gusto de buscar un refugio contra el calor y las nubes de polvo de París.

Aquel jardín magnífico, donde antiguamente se habían dado fiestas espléndidas y que ahora está triste y silencioso, convidaba con la gracia sonriente de sus parterres y la sombra y frescura de sus árboles gigantes á la meditación y á la suave melancolía desde que aun los niños de los poderosos se hacen llevar por sus criados á los Campos Elíseos, y por lo tanto, el delicioso jardín de las Tullerías estaba casi solitario.

Algunas ancianas que van allí á hacer calceta, algunas niñas de la calle de Saint-Honoré y algunos paseantes, poetas en busca de inspiración, personas heridas por crueles pesares eran los únicos que con su presencia daban algo de animación á aquel vasto espacio.

Por amplio que éste fuese, era relativamente fácil hallar á las señoras de Cerences, pues tal vez fueran las dos únicas señoras distinguidas que se abrigan bajo la sombra de sus castaños seculares. Instintivamente Pablo las buscó junto á los macizos que rodean los parterres; las advirtió desde lejos cerca

Después de haberlas visto, Pablo sintió ganas de retirarse.

¿Cómo acercarse á ellas? En aquel momento se sentía cobarde. El ir á su casa le parecía la cosa más fácil del mundo; pero en cambio le asustaba la idea de acercarse á saludarlas en aquel sitio.

En tanto que vacilaba, Herminia levantó la cabeza y miró enfrente. Sus hermosos ojos, benévolos y cándidos, recorrieron los parterres rutilantes bajo aquel sol ardiente, y luego reposaron sobre los grupos formados por los niños que jugueteaban. Volviendo un poco la cabeza, se entretuvo en seguir con la mirada los saltitos y arrullos de las palomas y dijo algunas palabras á su abuela; después, con aire cansado, se apoyó contra el árbol próximo y una expresión pensativa invadió poco á poco su rostro.

Pablo adivinó que pensaba en él, y le envió toda su ternura por medio de un esfuerzo de voluntad que caldeó su corazón como una llamarada. Tal vez había hecho un movimiento involuntario; Herminia sin moverse volvió los ojos hacia él y le reconoció.

Una oleada de sangre joven y generosa subió á sus mejillas, como si el sol las hubiese coloreado, y aun cuando no hizo el más leve ademán ni dijo una palabra, claramente se conoció el amor que sentía en su corazón; Pablo cobró más valor y se adelantó hacia ellas y las saludó. Dijo sin ambages ni rodeos que habiendo venido á París para verlas y no habiéndolas encontrado en su casa, sabiendo que podían estar allí se había permitido ir á buscarlas.

Hablaba con seguridad y firmeza, porque ya no tenía necesidad de ocultar su pensamiento.

La señora de Cerences, que en el primer momento había acogido con una sonrisa de agrado al joven, sintió luego cierta extrañeza; pues si bien sus relaciones habían sido hasta entonces cordiales, nada, sin embargo, autorizaba aquella resolución del joven que confesaba de un modo tan claro y sin rodeos.

No obstante, no podía dispensarse de invitarle á que se sentara junto á ellas, y lo hizo de buena voluntad. Tomó Pablo una silla y se sentó enfrente de Herminia, la cual, aun cuando no había dicho una palabra, revelaba claramente en su semblante el placer que sentía en volver á verlo.

La señora de Cerences entabló conversación sobre asuntos vulgares, preguntándole acerca del ca-

el arrullo de las tórtolas; el ruido continuo de los coches, ensordecido por la capa arenosa que cubría el suelo, sonaba á lo lejos. Herminia no había pronunciado una palabra.

— Señora, dijo Pablo de repente, acabo de decir á usted hace un momento que había venido á París para verla... Deseaba dirigirme al Sr. de Cerences al mismo tiempo que á usted... La casualidad ha hecho que la encuentre aquí en circunstancias que me parecen favorables... ¿Quiere usted permitirme que la hable con el corazón en la mano?

La anciana miró á su nieta. Esta estaba inmóvil, muy pálida y sus labios entreabiertos parecían aguardar un soplo que los animara.

La señora de Cerences sintió penetrar la piedad en su corazón.

— Señora, no podría usted evitar...

Pablo había seguido la mirada de la buena señora.

La emoción de Herminia, discreta, contenida y elocuente, le embriagaba tanto como una ardiente confesión de amor.

— Señora, añadió, ha adivinado usted. Amo á la señorita de Cerences, y crea usted que esto no es una vana palabra. Ruego á usted que me preste su protección para decidir á su abuelo á que me otorgue su mano.

— Caballero, respondió la abuela algo confusa, este paso, en tal sitio...

— Ya sé, señora, cuanto puede usted decirme; pero es usted mujer, dos veces madre, y será más indulgente y más bondadosa que un hombre por muy indulgente que sea. El Sr. de Cerences tiene el deber de asegurar la dicha social y material de su nieta, y espero que respecto á eso podré dejarle satisfecho; pero usted, que manda en el corazón, puede hacer mucho en mi favor... ¡Ah! ¡Si usted supiese cuánto la amo!

Estaba tan hermoso en su arrebató de pasión, que la anciana no pudo por menos de admirarlo. Desde que principió á hablar no había mirado una sola vez á Herminia por lo muy seguro que estaba de ella. Únicamente se dirigía á su abuela; pero la joven sentía que aquella pasión tan ardiente quemaba su propio corazón.

Las tórtolas y palomas no cesaban de arrullarse

entre el follaje de los castaños; una ráfaga de aire fresco trajo en sus alas los perfumes de los parterres y un ruido argentino de un caño de agua que acababan de abrir; el ruido continuo y apagado de aquellos cientos de miles de gotas de agua que caían en la ancha taza, añadía algo así como un soplo de ternura á la melancolía deliciosa de la hora y del lugar.

- Caballero, dijo al cabo la señora de Cerences, si sólo dependiera de mí... Desde el principio me ha

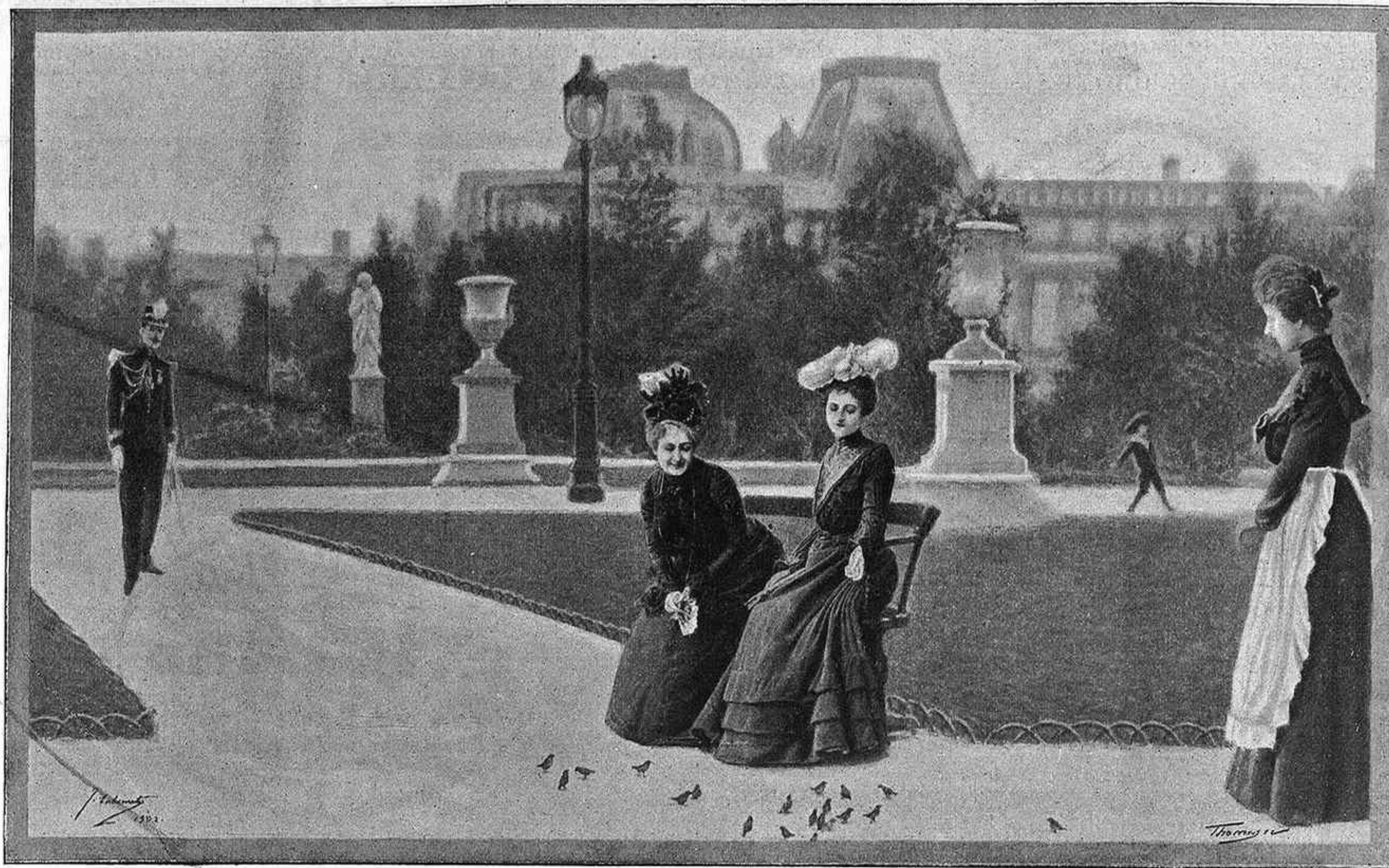
- No eres sino una chiquilla y no comprendes el alcance de tus palabras. Esas cosas no deben decirse...

- Pero se sienten, abuelita; y por lo tanto, pueden expresarse. Tengo veintidós años y ya no soy ninguna niña. No volveré á decir las palabras que acabo de pronunciar; pero las mantendré mientras viva.

Había hablado sin levantar los ojos, y al pronunciar la última palabra, miró sucesivamente á Pablo

XVIII

El día siguiente pareció eterno á Pablo: en vano, para matar el tiempo, fué al jardín de las Tullerías. Ni Herminia ni su abuela parecieron por allí, y aun cuando aquella conducta comprendía que era correcta y la que aconsejaban las circunstancias, le parecía tiránica. Viendo que no podía de ninguna manera contemplar el rostro de su adorada, como



... y á veces las clásicas palomas bajaban hasta los pies de Herminia para coger el pan que ésta les echaba.

inspirado usted simpatía... Pero una cosa tan grave como esa no debe convenirse únicamente á causa de una simpatía... Ante todo, nos toca asegurar la dicha de esta niña...

La mirada que lanzó Herminia á su abuela valía por todas las explicaciones del mundo; así es que la señora de Cerences no creyó prudente continuar. Iba á levantarse para acabar aquella conversación cuando Pablo, sorprendido él mismo de su audacia, la detuvo con un gesto suplicante.

- Señora, dijo con voz contenida y baja, séame usted favorable! Temo que me ha de costar bastante conquistar al Sr. de Cerences, aun cuando bien sabe Dios que no hay ninguna acción en mi vida que tenga que reprocharme ni que pueda inspirarle á él desconfianza alguna. Pero usted, señora, ama á la señorita Herminia, y no cabe duda de que lo que usted desea ante todo es que sea dichosa. ¡Ah! Si el amor y el respeto de un hombre honrado merecen á usted alguna consideración, le ruego me diga que no se opondrá á mis deseos.

La señora de Cerences quedó conmovida por aquella sinceridad. Sonrió y miró á su nieta que, sin falsa vergüenza, escuchaba con religiosa atención las palabras del hombre á quien amaba.

- Si me atreviese, añadió Pablo envalentonándose, en la misma presencia de usted preguntaría á la señorita Herminia si mi petición le disgusta...

- Esto sería demasiado, caballero, dijo vivamente la anciana.

Pero su nieta habló sin que pudiera impedirselo.

- Abuelita, dijo con voz conmovida y cristalina, ruego á usted que conteste al Sr. de Grandpré que su petición me honra y que, en lo que de mí depende, la acepto.

- ¡Herminia!, exclamó su abuela escandalizada.

- He dicho «en lo que depende de mí,» abuelita. Eso quiere decir que nunca la desobedeceré en nada, ni á usted ni á mi abuelo. Les debo á ustedes tanto, y tan bien se han portado conmigo, que el solo pensamiento de causarles un pesar me asusta, y procuraré no dar á ustedes nunca motivo de queja; pero amo al Sr. de Grandpré.

- ¡Cállate, Herminia! ¡Estás delirando!..

- Le amo, abuelita, con toda la lealtad de mi alma; y si no puedo casarme con él, no me casaré con otro.

y á su abuela con tan franca expresión en la mirada, que Pablo se sintió más conmovido que si le hubiese hecho una protesta apasionada.

- No puedo dar á usted las gracias, dijo Pablo en voz baja, porque no hay palabras para expresar lo que siento. Espero poder probarlo así en breve... Señora, añadió, dirigiéndose á la anciana, ya ve usted que no se trata solamente de mi felicidad, sino de la nuestra... Siento más confianza que antes; tendré el honor de presentarme al Sr. de Cerences... ¿Cuándo? ¿Mañana?

- Déjeme usted que le hable antes, contestó la buena señora con benevolencia, pero todavía algo turbada por el atrevimiento de su nieta. Ya escribiré á usted.

Pablo saludó profundamente á las dos señoras y se alejó. Antes de salir de la avenida volvió la cabeza y vió que se dirigían lentamente hacia su casa.

Después de asegurarse de que no volverían, fué á sentarse de nuevo en el sitio que poco antes había ocupado, y allí, ante las sillas vacías, recordó uno por uno los detalles de los momentos deliciosos que acababan de transcurrir.

La confesión de Herminia había sido tan sencilla, que, de momento, no comprendió cuánta fuerza le daba para realizar su deseo; pero ahora que tenía ya el ánimo completamente tranquilo, se embriagaba con el recuerdo de aquella voz exquisita que había pronunciado palabras que de buena gana pagara con la vida.

¡Cuán noble y valiente había sido aquella querida niña! ¡Con qué delicadeza había dirigido su contestación, no á él, sino á su abuela! «No me casaré con otro.» Esto equivalía á una promesa formal.

De pronto Pablo pensó que tal vez había otro pretendiente y que á esto se debía la reserva de la señora de Cerences. ¿Por qué no? Herminia era tan hermosa, que se comprendía que pretendieran su mano muchos hombres. Pero ¿qué importaba eso, si era él el preferido?

Y perezosamente, entre la verde fronda, escuchando el ruido de los caños de agua que por doquier surgían y el arrullo de las palomas que se picoteaban entre el ramaje de los seculares castaños, Pablo acarició las visiones de su amor, bendiciendo su suerte, puesto que Herminia la compartía.

si fuese un muchacho de quince años se entretuvo en rondar su calle, sin conseguir nada con esto.

Aquel hombre que había imaginado que podría desterrar el amor de su corazón, resultaba ahora una víctima sumisa de ese amor, y con extrañeza se preguntaba á sí mismo cómo había podido llegar hasta cerca de los treinta años sin haber bebido en aquella copa de oro; pero por otra parte se hallaba contento de haber esperado tanto, pues la suerte le había permitido encontrar á Herminia.

Por la noche envió á su padre un telegrama con estas palabras: «Nada de nuevo.»

Una vez acostado en cama, por uno de esos cambios tan frecuentes de ideas, en vez de pensar que todo le saldría á medida de su gusto, imaginó que todo serían dificultades. Ciertamente que Herminia mantendría su palabra, y esto le consolaba; pero preveía obstáculos, pues de no haberlos no se comprendía lo que tardaba en darse la respuesta á su carta. Su herida, todavía no bien cicatrizada, le daba alguna fiebre, y no pudo dormirse hasta la hora de la madrugada, cuando ya las estrellas riñen batalla contra el sol. Al despertar, de todas sus inquietudes no le quedaba sino un poco de cansancio y de hastío.

Cuando iba á salir, recibió una carta de la señora de Cerences, en la cual le rogaba que al día siguiente, á las dos, pasara por su casa. Pablo leyó varias veces la carta y en vano buscó entre sus frases ninguna que le alentara, porque exceptuando las cortesías, no había una que pudiese darle esperanza.

Al llegar la hora se presentó en casa de su novia, muy serio y grave, pues no quería de ninguna manera que se pudiese creer que suplicaba.

El Sr. de Cerences pareció más delgado y pálido que de costumbre, y su aspecto, siempre serio, era esta vez mucho más solemne que los otros días. Pablo advirtió que le examinaban con atención, y su orgullo se rebeló, pero no quiso manifestarlo.

- Caballero, dijo el anciano, ha dirigido usted á la señora de Cerences una petición á fin de que me la transmitiera. Debo, ante todo, dar á usted las gracias; pero antes de tomarla seriamente en consideración, he de dirigirle algunas preguntas. Crea usted que no las hago por espíritu de indiscreción, sino á fin de ajustar mis acciones á los consejos de la prudencia.

(Continuará.)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

SUELO, por *Sebastián Gomila*. — Forma el tercer volumen de las *Novelitas Vulgares*, y como las anteriores, de que oportunamente nos hemos ocupado, es de argumento interesante y está muy bien escrita. Un tomo de 96 páginas, editado en Barcelona por D. Antonio López. Precio, una peseta.

SEIS DIÁLOGOS. ANVERSO DE RECIÉN CASADA, por *Carlos M. Soldevila*. — Un tomo de 192 páginas, editado en Barcelona por D. Luis Tasso. Precio, una peseta.

LA VIDA AL CAMP, por *Ramón Masferrer*. — Inspirado poema bucólico popular con un prólogo del Rdo. D. Jaime Verdager. Un tomo de 90 páginas, impreso en Barcelona por F. Giró. Precio, dos pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Hojas Selectas, Auba, Boletín de la tarjeta postal, España cartófila, Revista Comercial Hispano-Americana, Crónica de Barcelona, La Medicina Científica en España, Revista Homeopática Catalana, Correo Tipográfico, El progreso fotográfico (Barcelona); La patria de Cervantes, La Lectura, Revista Contemporánea, Bibliografía Española, La Energía Eléctrica, Sol y sombra, El Mundo Latino (Madrid); Boletín del Ateneo de Villanueva y Geltrú; 1 a patria de Zorrilla (Valladolid).

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VINO AROUD
CARNE-QUINA
MEDICAMENTO - ALIMENTO
El más poderoso **REGENERADOR**
Prescrito por los Médicos
Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.
402, Rue Richelieu, PARIS
Y EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
en BISMUTO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exíjir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
con
PEPTONA
es
el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf
Y EN TODAS FARMACIAS.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Venta annual de los Productos Nestlé
39 millones de botes.
Harina Lacteada NESTLÉ
ALIMENTO COMPLETO para Niños y Viejos.
Contiene la **Leche pura de Suiza.**
Consumo diario de Leche: 184,000 Litros.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.
Exíjir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Frasco 5fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
GANDES et Co. 87, St-Denis

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS JORET HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



SEVILLA. - CARNAVAL DE 1902. - COMPARSA DEL CENTRO DE BELLAS ARTES QUE FIGURÓ EN EL FESTIVAL ORGANIZADO POR EL MISMO
(De fotografía de D. Miguel Castillo, remitida por D. Julio del Mazo)

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace más de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio más eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histérica, migraña, baile de S.-Vito, inseminios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fabrica, Especiones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

◀ ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRRO QUEVENNE ▶
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

**COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO**

**GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU**

*El mejor y más económico
Ferruginoso.*

CLIN Y COMAR, PARIS. - En todas las Farmacias. 654

APIOLINA CHAPOTEAUT SALUD DE LAS SEÑORAS

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

prescrito por los Médicos en los casos de

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

LMP, DE MONTAÑEE Y SIMÓN